



Felipe Pérez y González

Fuegos Artificiales

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Felipe Pérez y González

Fuegos Artificiales

Prólogo-Mazurca

Letra del Prólogo

Hoy cumplo aquí

lo que ofrecí.

Dispénsame mi san fason
por si cometo alguna indiscreción.

Miré tus FUEGOS ARTIFICIALES
y entusiasmado dije al final:
-No hay en el mundo otro Felipe
con tanta chispa, con tanta sal.

¡Qué galanura la de tu estilo!
¡Qué de ocurrencias! ¡Cómo a granel
has derramado «la mar» de chistes
y de bellezas sobre el papel!

¡Qué modo de escribir!
¡Con qué facilidad
divierte tu gentil FOGOSA inspiración
a media humanidad!

Se ve bien claro que has estudiado,
la «pirotecnia» con interés,
porque tus FUEGOS los ve con gusto
lo mismo el ruso que el portugués;
y por si alguno creyó un instante
que a ti la pólvora se te mojó
con estos FUEGOS le has demostrado
que se halla errado
en su opinión.

No se me olvida tan fácilmente
el sitio y día
que tuve el gusto de escuchar
aquel libreto

de LA GRAN VÍA
que ha dado luego tanto que hablar.

Creo, Felipe, que el prologuito
se te va haciendo pesado ya;
dispensa, chico, pues ya no falta
más que un momento de canturrear.

Tú me quisiste de prologuista;
pues si a tu gusto no lo hago bien,
tú lo quisiste, no es culpa mía.
¡Tú lo quisiste! ¡Tú te lo ten!

Debe el Municipio hoy,
porque es lógico, acordar
que se ofrezcan estos FUEGOS por festejo
en cualquier solemnidad.

Y se lo ha de agradecer
de verdad la población;
porque así con buen deseo
unirá el recreo
con la ilustración.

(Éste es un intermedio que se hace siempre
para volver a repetir el «tema», que es ya «manía»
más de una vez.)

Debe el Municipio hoy, etc.

Llegó la hora, llegó el momento
de que te deje, Felipe, en paz,
pues sólo faltan doce compases,
doce tan sólo, para el final.

Adiós, Felipe, que te conserves
siempre FOGOSO, contento y bien;
y el cielo quiera que con tu libro
logres a un tiempo gloria y parné.

¡Adiós Felipe, adiós!
No tengo más que hablar.
Ya sabes que soy yo
tu amigo de verdad.

Federico Chueca.

Servidor de ustedes

Este apunte -y Dios me libre
de equívocos maliciosos-
obra de Alfredo Perea,

retrata el cuerpo y el rostro
del autor de este librejo, cuyo título «vistoso»
de FUEGOS ARTIFICIALES
no puse por más «sonoro
y brillante y llamativo»,
sino por ser el más propio.

Los artículos y versos,
que verá el lector piadoso,
son fuegos artificiales,
que un rato alegran el ocio;
mas que si lucen y suenan
se apagan y mueren pronto
sin dejar recuerdo alguno,
tras el momentáneo gozo,
sin despertar entusiasmo
y sin producir asombro.

Y así como cuando hay fiestas
y popular alborozo
y fuegos artificiales
lo mismo aquí que en Logroño,
lo mismo en París que en Londres,
y en Pinto que en Valdemoro
los «amenizan» con músicas,
que son el mejor holgorio,
Chueca «ameniza» mis FUEGOS
con una mazurca-prólogo
digna del nombre y la gracia
del compositor famoso,
y que es, sin disputa alguna,
lo único bueno del tomo,
aunque, en la letra, el afecto
le obligó a echarme piropos,
que me han puesto colorado
porque soy muy ruboroso,
muy cándido, muy modesto,
muy sencillote... y muy «corto».

Ya que hablo de «mis virtudes»
ahora vendría a propósito
seguir la moda, cogiendo
a la ocasión por el moño
y hacer mi auto-biografía
y mi «semblanza» de modo
que física y moralmente
me muestre y diga: ¡Ecce homo!

Pero ya hace tiempo dije
esto que repito y copio,
porque viene a pelo y sirve
de introducción para el tomo.

«Hay algo que es más difícil
que conocerse a sí propio,
el haberlo conseguido
y decir: Ya me conozco
y voy descaradamente
a declarar coram pópulo
mis defectos y bondades,
mis excelencias y oprobios,
con merecidas censuras,
y legítimos elogios.

El hacer mi biografía
no es cosa fácil tampoco,
porque en mi vida no tengo
hecho notable, y supongo
que al público no le importa
de fijo, mucho ni poco,
que haya nacido en Sevilla
o que naciera en el Congo,
que fuera el cincuenta y cuatro
o fuera el sesenta y ocho,
que echase pronto los dientes
o no los echara pronto,
que de chico fuera un lince
o que pareciera un topo,
que me haya criado enclenque
o saludable y rechoncho,
que me gustaran las chicas
lo mismo que a cualquier prójimo,
y que haya tenido chicos
lo mismo... que cualquier otro;
que haya estudiado Derecho
para dedicarme «al foro»
y que después... «me torciera»
para «meterme» a autor cómico
y dedicarme «al proscenio»
con peligro de ir «al foso».

Eso... ¿qué le importa a nadie?
Si yo, andando el tiempo, logro
ser «hombre célebre», entonces
no han de faltarme biógrafos,

españoles o extranjeros,
sean cristianos o sean moros,
Cide-Hamete-Benengelis
o Plutarcos... u Homobonos,
que revuelvan los archivos
para sacar de entre el polvo
de legajos y papeles
los datos más minuciosos
y poder decir ¡al mundo!
si fui flaco o si fui gordo,
si fui guapo o si fui feo,
si fui listo o si fui tonto,
si me «libré del servicio»
o si «cargué con el chopo»,
si iba de fraque y chistera
o de americana y hongo,
si me mordía las uñas
o me comía los codos,
si me dejaba melena
o llevaba el pelo corto,
si me gustaban las trufas,
si tomaba el café solo,
si era alegre o taciturno,
si era amable o si era hosco,
si escribí aquella GRAN VÍA,
que corrió de «polo a polo»
por antojos de la suerte,
¡benditísimos antojos!
Si escribí piezas, artículos
y muchos renglones cortos
y, en fin, si en mi vida hice
esto... y aquello... y lo otro...

Pero si, por mi desgracia,
nunca llego a ser famoso,
¿qué le han de importar al mundo,
mis actos?... (Y aquí entran todos;
los que «hago» y los que «escribo».
para Lara y para Apolo,
para Eslava y para Price
y para el Príncipe Alfonso.)

Mas ya que de mi persona,
esta vez a hablar me pongo,
una cosa «interesante»
quiero hacer constar tan sólo.
Por qué escribo diariamente

sin descanso ni reposo
para todos los teatros
y en revistas y en periódicos,
dando ocasión a que digan
muchos lectores a coro:
«Escribe más que El Tostado»,
y a que le repliquen otros:
«Pues no vemos la tostada,
porque es abuso y no flojo».

No es que me guste el trabajo,
porque a mí me encanta el ocio;
no es que «bulla» en mi cerebro
la inspiración de tal modo,
que tenga que dar al grifo
a fin de que salga el chorro,
y no se me rompa el cráneo,
desbordándose el meollo...
Es porque soy de Sevilla
y soy muy supersticioso,
y pienso que mi apellido
me pusieron a propósito
para obligarme al trabajo,
si he de evitar el sonrojo,
siendo Pérez, de que puedan
decir que soy Pérez-oso.»

Mis declaraciones íntimas
A D. CARLOS FRONTAURA

Como ahora se dedica ya la gente
a hacer Declaraciones
y es moda confesar públicamente
los gustos y caprichos y aficiones,
echándolas de franco o de modesto
(con reservas mentales, por supuesto),
yo no quiero que pasen ya más días
sin hacer coram pópulo las mías,
porque voy sospechando que estarán
esperándolas todos con afán.

¿Cómo podrán vivir ya mis lectores
muy especialmente mis lectoras,
sin saber si distingo de colores,
si gusto de judías o de moras,
(de moras y judías comestibles)
si tengo rasgos buenos o terribles,
si el vino lo prefiero nuevo o rancio,
si soy admirador de Don Venancio,
si me quiero morir de gusto o risa
y si me encanta el nombre de Artemisa?

Dejarlos en tan fiera incertidumbre
me causaba espantosa pesadumbre;
mas ya, ¡gracias al cielo!
puedo satisfacer aquel anhelo,
y ahí, lectoras curiosas,
van mis Declaraciones... no amorosas.

DECLARACIONES ÍNTIMAS

Felipe Pérez y González.

El rasgo principal
de mi carácter... Escribir muy mal,
porque tengo, y lo digo con rubor,
un carácter... de letra que da horror.
Cualidad que en el hombre yo prefiero.
La que más me conviene,
y yo mejor por tanto considero:
no ser reventador... cuando yo estrene.
Cualidad que prefiero en la mujer.
Ya la pueden ustedes suponer:
no ser reventadora
ni cuando estrene ni a ninguna hora.
Mi principal defecto.
El confesarlo cáusame molestia.
¡Ser probo, digno, sabio, noble y recto!...
(Así lo dicen todos con modestia).
Ocupación que, a no dudar, me agrada.
La que a todos les gusta. No hacer nada.
Sueño dorado mío... Como un leño
con frecuencia me suelo yo quedar;
pero confieso a ustedes que mi sueño
lo tengo todavía sin dorar.
Lo que sería mi mayor desgracia.
Que estas «declaraciones» no hagan gracia,
y debo confesar si se me apura
que es desgracia que tengo por segura.
Lo que quisiera ser. Ministerial,
porque así nada encontraría mal,

(sin contar, por supuesto,
con que algo iba a sacar del presupuesto).
País en que quisiera yo vivir.
Pues... ¡Jauja!... Eso ni tiene qué decir,
El color que prefiero yo... Cualquiera,
no siendo el lila, que es el que me altera.
Flor que prefiero. Estando constipado
la «flor de malva» siempre... y es probado.
Animal que prefiero. Don... ¡Qué aprieto!
A poco digo el nombre de un sujeto.
Mis poetas favoritos. Lo declaro,
aunque me tachen por el gusto raro.
Los dos que meten, con razón, más bulla:
Felipe Pérez y José Carulla.
(De prosistas, pintores
y de compositores
nada quiero decir, y es lo oportuno.
Así no me disgusto con ninguno.)
Mis políticos... Sólo los que son
políticos... por buena educación.
Héroes que en la novela admiro más.
Lo diré en confianza
para no parecerme a los demás.
El insigne escudero Sancho Panza.
Héroes que admiro, de manera igual,
en la vida real.
Todos los españoles que en el día
soportan al Gobierno... y compañía,
Manjares y bebidas que prefiero.
Yo como el general digo: Cualquiera.
Lo que yo más detesto... Mi casero,
que a principios de mes es una fiera.
Hecho histórico que es en mi opinión
el digno de mayor admiración.
¡La creación del mundo!
(Éste es un rasgo nuevo y muy profundo).
Reforma que yo juzgo más precisa.
La del mundo, que corre mucha prisa.
El don que yo quisiera... Sin ser ruin,
yo, como otros el «don», prefiero el «din».
Cómo quiero morirme... ¡Caracoles!
El declararlo tiene tres bemoles;
mas si es cosa precisa
el perder el pellejo,
yo, plagiando a un autor, diré: -¡De viejo
y de gusto y de risa!
Estado de mi espíritu. Tranquilo.

(No es cosa de decir que está uno inquieto
con el alma en un hilo,
por causa de un apuro o de un aprieto.)
Faltas para que soy más indulgente.
Las mías, como ocurre a mucha gente,
aunque hay alguna grave, soy sincero;
verbi gratia, ¡la falta... de dinero!

Felipe Pérez y González

de Octubre de 1893.

Ya estas Declaraciones
han dejado tranquila mi conciencia.
Pido a ustedes, lectores, mil perdones
si juzgan que abusé de su paciencia,
pero, al fin, es la moda de estos días
y es vicio general seguir las modas,
y estas Declaraciones... con ser mías,
a la postre y al fin... ¡son como todas!

Uno de tantos
A D. MANUEL DEL PALACIO

Pretendí de la patria ser «papá»
y mi constancia, al fin, lo consiguió:
cuanto he gastado y he sufrido yo
lo olvido al verme diputado ya.

Con el acta querida llegué acá
y un susto cruel la comisión me dio;
la declararon grave y dije: -¡Oh!
mas la aprobaron luego y dije: -¡Ah!

Cierto es que mi fortuna malgaste,
que disgustos y pérdidas sufrí,
que desaires y befas soporté;

pero, al cabo, mi anhelo conseguí

y cien veces impreso encontraré:
Don Inocencio Badulaque: SÍ

Hombres y animales
(Estudio zoo-ilógico)

A LUIS MOROTE

-¿De manera que el lance tuvo por origen?...

-El que D. Lucas me llamó ¡animal!

-¿Y qué? ¿No lo es usted?

D. León me dirigió una mirada centelleante, en que a la vez se reflejaba el asombro y la cólera.

Antes que pudiera reponerse del primero, y antes que la segunda le incitase a proferir alguna inconveniencia o a intentar la provocación de otro lance conmigo, le dije sonriendo:

-No se altere usted, amigo D. León; pero como cada día vamos desconociendo más el valor de las palabras, tergiversando su sentido y alterando su significación, no es extraño que concluyamos por no entender a los demás, empezando por no entendernos a nosotros mismos. Animales son, y usted lo sabe bien, todos los seres animados, desde el microscópico, que ocupa el último peldaño en la escala zoológica, hasta el hombre, que enfáticamente se apellida «rey de la creación», y no faltan, por cierto, sabios y filólogos para asegurar que a él, mejor que a ningún otro, cuadra y corresponde el nombre de animal, precisamente por ser el único que se supone dotado de ánima o alma.

Pero después de todo, y aun aceptando que el fundamento de la querrela no haya sido la palabra en su sentido propio y en su acepción etimológica, y sí la intención de comparar a usted con esas criaturas, que los hombres, en nuestro necio orgullo, llamamos inferiores, dispéñeme usted si le digo que tampoco veo motivo para su arrebató, ni razón para el duelo. Supongamos, si no, que D. Lucas, en vez de llamar a usted ¡animal! le hubiera llamado ¡hombre! ¿Se hubiera usted enfadado por eso?

-¡Vaya! ¡Qué tontería! De ningún modo.

-Pues bien; ahí tiene usted ya palmaria la contradicción y evidenciado el contrasentido. Usted, a cada momento, a cada paso, dice y no le falta razón para ello que los hombres son

malísimos, perversos, crueles, feroces; en fin, lo peorcito de este pícaro mundo. Es verdad que hay algunas honrosas excepciones. Ciertamente. ¿Y cuáles son? Fulano, que es leal como un Perro; Mengano, que es cándido como una paloma, Perengano, que es laborioso como una abeja. Es decir, tres hombres a los cuales, para enaltecerlos, ha tenido usted que comparar con tres animales.

Y no es sólo esto. Si quiere usted elogiar la viveza de uno, dice usted que es una ardilla; si desea usted ponderar la sagacidad de otro, le llama usted lince; si pretende encomiar el arrojo de éste, se ve obligado a decir que es un león; si procura ensalzar la pulcritud de aquél, no encuentra frase más adecuada que ésta: «Es limpio como el armiño». En cambio, si ve usted o si tiene un animal en que están reunidas todas esas hermosas cualidades, nunca se le ocurrirá decir que es leal, vivo, laborioso, sagaz o valiente como un hombre.

Usted mismo, cuando quiere exagerar su actividad y su eficacia, demostrando el deseo de cumplir con prontitud cualquier encargo de un amigo o cualquier orden de un superior, ¿que dice? «Iré a escape», es decir, como los caballos; «lo haré volando», esto es, como los pájaros. Pocas veces se le ocurre a usted decir que irá o lo hará de prisa, sin perder el tiempo ¡vamos! como los hombres.

¡Y si fuera esto sólo! Usted, que ha perdido los estribos porque D. Lucas le ha llamado ¡animal!, que se ha enfurecido hasta el punto de provocar un lance de honor y de convertirse en adversario del que poco antes llamaba su amigo; usted, que ha llegado por eso al violento extremo de dirigir contra otro hombre un arma homicida escribía, momentos antes del desafío una tristísima carta de despedida a la mujer que ama, por si tenía la desdicha de sucumbir en el lance. En esa carta la llamaba usted cándida paloma, tórtola viuda, y entre otras lindezas por el estilo le decía usted ¡mona!

¿No es así? Pues bien; su enamorada Dulcinea derramó lágrimas de dolor pensando en el peligro a que se hallaba expuesta la preciosa vida de usted, y agradeció con toda su alma aquellas frases, que eran para ella dulcísimas ternezas y gratísimos piropos. Sin embargo, no me negará usted que la había llamado ¡animal! por partida triple.

Y en cuanto a lo de ¡mona!... Usted es incapaz de llamar a su novia «fea»; en primer lugar, porque no lo es; en segundo, porque aunque lo fuera, «al que feo ama hermoso le parece», que dice el refrán, y en último caso, aun cuando pudiera parecerle horrible, porque es usted hombre bastante bien educado para no ofender a una mujer con impertinencias de ese género. Y, no obstante, se permite usted llamarla mona, es decir, el animal más feo, más asqueroso, más repugnante y menos ideal que conozco.

Usted sabe que cuando se quiere ridiculizar a una mujer fea por usar adornos, afeites y composturas para encubrir su fealdad, se dice que «aunque la mona se vista de seda, mona se queda». Usted no ignora que para dar precisa idea del estado de embrutecimiento, de abyección y, de torpeza a que llega un hombre beodo, se dice que tiene «una mona». Y usted, a pesar de eso, llama ¡mona! a su novia y se ofende, se enfurece y se bate, porque le llaman a usted ¡animal!

Cierto es que, después de todo, no es usted el único a quien tal cosa sucede. La inmensa mayoría de los hombres adolecen del propio defecto, incurren en igual contradicción y cometen la misma injusticia.

Todos reconocemos, por ejemplo, la nobleza y la lealtad del perro; todos referimos los actos heroicos, sublimes, de esos animales, que en tantas ocasiones han salvado la hacienda y han defendido la vida de sus amos, con riesgo y aun con sacrificio de la suya, mereciendo por ello los expresivos dictados de «guardián de la casa» y de «fiel compañero del hombre».

Todos nos hemos conmovido oyendo referir las proezas insignes de los famosos perros del monte de San Bernardo, y sin embargo, cuando somos víctimas de un engaño o de una perfidia, decimos que nos han hecho una perrería; para indicar que durante la noche hemos estado en constante inquietud o en doloroso malestar, decimos que hemos pasado una noche de perros, y para dar a entender que uno se ha envilecido, entregándose a todos los vicios, no encontramos frase más propia que ésta: se ha echado a los perros. Yo conocí a un realista que tenía por su perro verdadera adoración, y no encontraba insulto más grave y humillante para zaherir a los liberales que llamarles ¡perros!

¿De dónde vienen todos esos lujosos carruajes, atestados de elegantes damas, de distinguidos caballeros, en cuyos rostros se refleja la mayor alegría? De las carreras de caballos. Un cuadrúpedo, es el objeto de sus animadas conversaciones y de sus envidiables simpatías. Con la extraordinaria ligereza de sus patas ha conquistado ante aquel numerosísimo y selecto concurso un disputado, premio, concedido por el Estado o por algún ilustre personaje, premio que es cien veces, mil veces mayor que esos mezquinos o insignificantes que de tarde en tarde y como de limosna y a regañadientes suelen conceder al artista por su genio, al poeta por su inspiración, al hombre honrado que expuso su vida por salvar la de sus semejantes, al soldado valeroso que derramó su sangre por defender su patria y su bandera.

Aquella elegante multitud, aquel ilustrado ministro, aquel elevado personaje, han considerado a un caballo que corre mucho, cien veces, mil veces superior al artista, al poeta, al inventor, al héroe sublime, y, sin embargo, llame usted a cualquiera de ellos caballo... Calígula concedió al suyo los ambicionados honores del consulado romano; hoy hacemos más, arrojamos a manos llenas, bajo las patas de algunos, los codiciados caudales de Crespo.

Para elegir a un senador, a un diputado, a un simple concejal, es necesario el voto de miles de hombres que han de reunir determinadas condiciones: para hacer rey, ¡nada menos que rey!, a Darío, bastó el relincho de su caballo. Y, no obstante, el último de los ciudadanos incapacitados para votar, votaría... como un carretero si se oyera llamar ¡caballo! por alguno.

Al graznido de los gansos del Capitolio debió Roma su salvación cuando los bárbaros llegaron a sus puertas. Llame usted hoy gansos, siquiera sea en sentido figurado, a los que

suponen que los bárbaros están, no a las puertas, sino dentro de la Ciudad Eterna, y pretenden salvarla con sus clamores... y ya verá usted lo que le sucede.

Una humilde pollina, inspirada por Dios, apartó a Balahám de la torcida senda que seguía, dándole oportunos y saludables consejos. No intente usted siquiera la más discreta alusión a aquel animal privilegiado cuando se dirija usted a esos moralistas severos, que uno y otro día procuran apartarnos con sus amonestaciones del camino de perdición, que, según ellos dicen, seguimos, porque se expone usted a sufrir un disgusto.

Desengáñese usted, amigo D. León; los hombres somos injustos y caprichosos. Reconocemos, a pesar nuestro, la superioridad de esos que llamamos «seres inferiores», nos vemos sujetos a males y contrariedades que ellos nunca sufren; los vemos cuando nacen, comer y andar sin necesidad de niñeras ni de amas para casa de los padres; cuando crecen, libres de caseros, de prestamistas, de sastres y de patronas; comparamos nuestras obligaciones, nuestras necesidades diarias con las de esos animales, y nos sentimos humillados y envidiosos.

Por eso los perseguimos, por eso los esclavizamos, por eso los maltratamos. Por eso, aun cuando algunas veces nos vemos obligados a confesar su superioridad, acaso sin darnos cuenta, sentimos después enojo invencible al vernos comparados con ellos.

Levantose de su asiento D. León al concluir yo de decir las anteriores palabras y, abrazándome cariñosa y entusiastamente, exclamó con acento grave y con tono solemne:

-Me ha convencido usted, amigo mío. He sido injusto con D. Lucas, y aun más injusto con los animales. A uno y otros debo una cumplida reparación. Desde hoy diré en todas partes, con verdadero orgullo, ¡que soy un animal!

Y yo, levantándome también y correspondiendo con igual afecto a sus manifestaciones, no pude menos que decirle, aparentando seriedad y conteniendo la risa:

¡Hombre, por Dios! ¡Mire usted que yo no lo he dicho para tanto!

Irse y quedarse
A MANUEL MATOSES (Andrés Corzuelo)

I

En completa confusión,
en incesante vaivén,
con un ruido de ciclón,

llena la gente el andén
principal de la estación.

El tren que tienen enfrente
es el que debe marchar,
y ante todo aquella gente
se atropella por buscar
colocación conveniente.

Se tropiezan y se atajan,
y hay quejas, gritos, reproches;
todos sin cesar trabajan
y unos suben a los coches
y otros de los coches bajan.

Y en confusión tan completa
se ve a un señor con levita
envolviendo una chuleta
y a una pulcra señorita
cargar con una maleta.

Aumenta la confusión
con buscar, ir y venir
y gritar sin ton ni son
los que van «a despedir»,
que los más, a veces, son.

Unos con lamentaciones
porque «su bien» se va lejos,
otros con exhortaciones,
y otros con sabios consejos
y con recomendaciones,

arman una algarabía
tan tremenda y tan cansada
con tan creciente porfía,
que la máquina irritada
ruge con furia bravía.

Aquel rugido estremece
por lo rudo y lo violento
a todos, y hasta parece
que callan, pero al momento
vuelve la algazara y crece.

II

A la entrada de un vagón

una pareja muy mona
se dice con efusión:

-Que no me olvides, pichona,
-Que no me olvides, pichón.

-Voy a vestirme de luto
por no verte, prenda mía.
-Yo no tendré el rostro enjuto.
-Escríbeme cada día.
-Y tú a mí cada minuto.

-Cada hora, si por mí lloras,
me pones dos telegramas.
-Tú a mí diez cada dos horas,
diciéndome que me amas.
-Diciéndome que me adoras.

-Voy a hacer un desatino
no viendo tu faz divina.
-Yo voy a perder el tino.
-Que no me olvides, monina.
-Que no me olvides, monino.

Suena un silbido... ¡Ay de mí!
¿Es que va a marchar el tren?
No tal; es que silba así
tal comedia y otras cien
que representan allí.

Pues al rato el pobre chico
busca una nueva pasión,
y ella, torciendo el hocico,
guiña a un señor cincuentón,
que parece un hombre rico.

III

-Siempre que sale algún tren
repare el indiferente
y escenas ha de ver cien
igual que la precedente,
y acaso peores también.

Fingiendo penoso afán
todos sollozando están;
pero, al ir el tren saliendo,
¡cuántos se quedan riendo!,
¡cuántos riendo se van!

Por eso tal vez decía
una mujer a su esposo,
al marchar el otro día:
-Cándido, no estés celoso,
porque es una tontería.

Los celos son un castigo
y éstos pasan de la raya,
pues pongo a Dios por testigo:
que me vaya o no me vaya
siempre me quedo contigo.

Valor... Acreditado
A EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

Don Valentín es un quidam
que las da de bravucón,
de duelista, de aguerrido,
de temerario y de atroz.

A cuantos no le conocen,
como le conozco yo,
sus bravatas causan miedo,
su aspecto infunde terror.

Siempre lleva en una mano
grosso y nudoso bastón,
y con la otra va mesándose
su barba de zapador.

Habla a gritos, con voz gruesa,
mira de un modo feroz,
jura como un condenado
y ruge como un león.

A cada instante refiere,
con acento aterrador,
las aventuras que tuvo,
los peligros que afrontó,

las hazañas y los lances,
que acreditan su valor
y que ya le han dado fama
aquí y en Sebastopol.

No mató Don Juan Tenorio
más contrarios que él mató,
ni triunfos como los suyos
tuvo el Cid Campeador.

Con quince lidió en Zamora,
y en Cádiz con veintidós,
y en Navacarnero él solo
hizo frente a un batallón.

Cuando se habla de un valiente
extranjero o español,
se sonríe con desprecio
y finge que le da tos.

Paul de Cassagnac le hace
reír más que Paul de Kock,
y a Rochefort se lo come...
como al queso Roquefort.

Iba al café de Levante,
por las tardes, de una a dos,
sentándose en una mesa
que está frente al mostrador,

donde siempre le aguardaba
la habitual reunión
de unos cuantos infelices
que temblaban a su voz

y oían las relaciones
que mil veces repitió,
pálidos, sobrecogidos
y absortos de admiración.

Una tarde, que corría
ese run-rún precursor
de asonadas y motines,
nuestro hombre al café llegó,

y al escuchar lo que hablaban
todos de revolución,
palideció y en sus manos
notose leve temblor.

-¿Tiembla usted, don Valentín?
dijo un contertulio. -¿Yo?...
exclamó con voz terrible;
tiemblo, sí... de indignación.

Porque aquí ya no hay coraje,
ni vergüenza, ni valor,
ni patriotismo, ni nada.
Se habla mucho de complots,

de conjuras y de hacer
y deshacer... ¡qué sé yo!
y al fin y a la postre, todo
se queda en conversación.

-Pues hoy esté usted seguro,
lo mismo que yo lo estoy,
de que el primer tiro suena
pronto.

-¿Conque pronto? ¡Oh!

Interrumpiendo el diálogo
sonó una detonación
detrás de don Valentín,
que, trémulo, sin color,

dio un salto, y atropellando
cuanto a su paso encontró,
salió del café, dejándose
el sombrero y el bastón.

Ante aquel raro espectáculo
la gente se alborotó
hasta averiguar la causa
de tan inmenso terror.

Todo fue... que un camarero,
queriendo servir veloz
una chica de cerveza...
dejó escapar el tapón.

Pasó una semana y otra,
pasó un mes, pasaron dos,
y nadie volvió a tener
noticias del bravucón.

Según contó su patrona,
el hombre a casa llegó
despavorido y convulso,
sin alientos y sin voz.

Entró corriendo en su alcoba
y allí el día se pasó,
hasta que al fin le sacaron,
de debajo del colchón.

Yo me lo encontré al cruzar
ayer la Puerta del Sol,
siempre con sus mismos aires
de duelista y de matón.

Sobre la ceja el sombrero,
fruncido el ceño feroz,
con una mano en la barba
y en la otra mano un bastón.

-¿Ha visto usted qué granujas?
al divisarme gritó.
Me refiero a los amigos
de mi antigua reunión.

Quieren desacreditarme
y andan «corriendo la voz»
de que yo soy un gallina
por aquello del tapón.

No los busco y no los mato
porque a ninguno le doy
calidad para batirse
con un hombre como yo.

¡Poner mi valor en duda
por lo de aquella ocasión!
Que me marché... no lo niego;
que me escondí..., sí, señor.

¿Eso es cobardía? ¡Nunca!
Eso es que mi condición
es la misma del dinero,
como a demostrarlo voy.

Cuando hay jaranas y hay tiros
y se arma revolución,
en Francia como en Turquía
y aquí como en el Mogol,

¿el dinero no se asusta
y no se esconde veloz,
y nadie ve una peseta
ni por el amor de Dios?

Pues bien, diga usted, cristiano,
cuando llega esa ocasión,
aunque el dinero se esconda,
¿deja de tener valor?

El dolor del viudo
A EDUARDO S. DE CARTILLA

Murió la esposa de Antero,
y aunque el dolor del esposo
no fue grande ni sincero,
llevó luto riguroso...
en la ropa y el sombrero.

Un amigo, que lo vio
y que, engañado, creyó
sincera su pesadumbre,
consolarle pretendió
con las frases de costumbre.

-¡Ah! No llores a tu esposa;
con voz trémula le dijo,
como era tan candorosa,
tan buena y tan cariñosa,

está en la gloria, de fijo.

Y el esposo respondió
dando un gran suspiro: -¡Ah!
Ella, que el mundo dejó,
yo no sé dónde estará...
¡pero en la gloria estoy yo!

Borrador
A LUIS ESCUDERO Y PEROSO

Señor don.....

Muy señor mío:

Porque he dicho -y no varío-
que huele usted siempre mal,
me propone un desafío,
que es una cosa brutal.

Lo que yo he dicho, también
lo han dicho ya más de cien
y de la misma manera,
porque usted no huele bien,
y eso lo nota cualquiera.

Y si piensa usted acabar
con cuantos quieran hablar
de un defecto tan ingrato,
va usted a tener que matar
a todo el que tenga olfato.

Lo que he dicho -y no retiro-
no es para darle ese giro,
ni ponerse de ese modo,
y empeñarse en darme un tiro
y beber mi sangre y todo.

Si yo le hiciera a usted caso,
era seguro un fracaso
que iba a darnos que sentir.
¡Digo! A pistola y a un paso...
Pues a ese paso... ¡a morir!

Si usted con gusto se inmola,

yo tengo una vida sola,
y el conservarla me afana,
y no la juego a pistola
porque a usted le dé la gana.

Buscarme tal desventura
es tan sólo una locura,
pues con morir o matar,
dígame usted, criatura,
¿qué es lo que va usted a ganar?

Si imito su frenesí
y voy al campo y allí
me deja usted patitieso,
aunque se libre de mí,
¿olerá mejor por eso?

Pues ¡vaya! y si el lance afronto
y, al fin, en cólera monto
y soy yo su matador,
¿no comprende usted que pronto
olerá mucho peor?

Y aun eso sin advertir
que el lance le iba a servir
de mayor contrariedad,
porque no iba usted a morir
en olor de santidad.

Ya ve usted que al no batirme
es porque estoy en lo firme
y tengo más de un motivo,
aparte de que morirme
me llegaría a lo vivo.

Mas si usted en ello se empeña,
y quiere usted que haya leña
y no atiende estas razones
y estos consejos desdeña,
allá van mis condiciones.

Desde luego a su elección
dejo el sitio y la ocasión,
para ser en todo amable,
que es mi sola pretensión
escoger el arma: el sable.

Usted en su manejo es ducho
y yo ofrezco que ni lucho
ni sus ataques rechazo.
¡Vaya! Déme usted un sablazo...
pero que no sea de mucho.

Su honor quedará con esto
limpio, brillante y enhiesto
y yo me resignaré...
¡Ah!... ¡qué olvido!... Por supuesto
a primera sangre, ¿eh?

Postdata: Tengo delante
su carta y hasta este instante
no he notado -y lo deploro-
un detalle interesante:
que se llama usted Isidoro.

Ruego a usted que no se ría
juzgando una tontería
la observación que hecha dejo,
y por su paz y la mía
escuche usted un consejo.

«Huele mal don I-si-doro»
dice todo el mundo a coro,
y usted se enfada y se irrita.
Pues hágase usted I-no-doro,
¡porque bien lo necesita!

¿Quién es tu enemigo?...
A PEPE ROURE

Estando en cierto círculo
anoche oí,
el sentencioso diálogo
que copio aquí:

-Ya empezó el «belén clásico»

del Carnaval,
y sus bromas y estrépito
me causan mal.

Nunca esta fiesta estúpida
me hizo «tilín»,
que es de los tiempos bárbaros
resabio, al fin,

y hoy que ya tanto dicese
de ilustración,
y del progreso rápido
de la nación,

esta fiesta incultísima
no ha de tener,
por sandía y anacrónica,
razón de ser.

Un anciano misántropo
decía así,
con alarmantes síntomas
de frenesí,

a otro que aún más colérico
cuando le oyó,
con gestos terroríficos
así exclamó:

-Mírese adonde mírese
repare usted,
en que es torpe y anómalo
cuanto se ve.

Mascarones y máscaras,
con profusión
dando, voces y escándalos
por diversión,

con harapos misérrimos
que hasta asco dan,
fingiendo loco júbilo
vienen y van.

Jovenzuelos imbéciles
sin reflexión,
mujerzuelas impúdicas
sin aprensión,

mendigos, sin escrúpulos,
que hoy, al pedir,
en vez de inspirar lástimas
hacen reír.

Gente, en fin, toda excéntrica,
que, a la verdad,
jamás tuvo ni un ápice
de seriedad.

El primero aún más rígido,
le interrumpió,
y como un energúmeno
continuó:

-El que la cara cúbrese,
no hay que decir
que por algo, no lícito
la ha de cubrir,

porque quien, por sus méritos,
tranquilo está
mostrar la cara al público
siempre querrá.

Pues... de los estrambóticos
disfraces que
se ponen esos... cándidos,
¿qué le diré?

Lo falso y lo ridículo
nunca vi en paz;
quede para los cómicos
usar disfraz.

-Sí; tiene usted, D. Crispulo
mucho razón,
agregó el otro prójimo;
no hay discusión.

Tratarnos sin camándulas,
es de interés,

vistiendo cada prójimo
como quien es,

despreciando por pérfida
toda ficción,
con los rostros sin máscaras
ni afectación.

Por eso yo estas «grímpolas»
quiero que estén
muertas per omnia secula,
jamás, amén.

.....
Ahora lector benévolo,
te diré aquí,
quienes son los del diálogo,
que anoche oí.

¡Un usurero sátrapa,
que anda también
disfrazado el muy pícaro
de hombre de bien

y un «pancista» político,
hombre informal,
que hoy medra con la máscara
de liberal!

La mujer emancipada
A PEPE VELILLA

Esto acabo de leer:

«Hoy los esfuerzos extreman
»algunas por obtener
»que, al fin, se decrete la eman-
»cipación de la mujer,

»y se acuerde, sin disputa
»aunque haya quien lo discuta
»y quien se ría o se asombre,
»que hay igualdad absoluta

»entre la mujer y el hombre.»

Y agrega el corresponsal
que con esto se descuelga,
que hoy «la cosa» va formal
y que hay un Congreso belga
tratando de asunto tal.

¡Bien! ¡Muy bien, señoras mías!
Si os hace falta un campeón,
yo consagraré mis días
a defender las teorías
de vuestra emancipación.

Yo haré que el mundo disipe
el craso error en que está,
y a la mujer emancipe...
¡Justo! Y la emancipará,
como me llamo Felipe.

-«La mujer, -yo gritaré
con voz que resuene y vibre,-
será, ya que no lo fue,
libre en el Estado libre
o en el estado... en que esté.

Sí... desde hoy más las mujeres
a los hombres con sus hechos
demostrarán que son seres
dignos de iguales derechos
y de idénticos deberes;

que nada a su genio aterra;
que en formas que son distintas
el mismo fondo se encierra;
que querrán entrar en quintas
y sabrán ir a la guerra,

y odiarán las tonterías
que mil mortificaciones
les causan en nuestros días
como las galanterías
y las consideraciones.»

Me parece que este punto
no podrá ser combatido
ni en detalles ni en conjunto
y que se dará el asunto
por bastante discutido.

Y que ganaré el proceso
venciendo a la fuerza bruta,
mas -con rubor lo confieso-
lo difícil va a ser... ¡eso
de la igualdad absoluta!

Porque igualdad semejante
no habrá un hombre que lo aguante
fuera un fenómeno raro;
y lo que es yo... yo no paro
de correr como se implante.

¡Que me canonicen!
A MANUEL CANO Y CUETO

Me han dicho -y por ello
no me hago yo cruces-
que «declaran santos»
a tres andaluces,

y veremos pronto,
con satisfacción,
su ya decidida
canonización.

¡Vaya! ¿Ven ustedes
como es tontería
decir que no hay santos
en Andalucía,

cuando el Santo Padre
tiene, a lo mejor,
que canonizarlos

así... al por mayor?

Aunque nos critiquen
muchos avestruces
y nos llamen «malos»
a los andaluces,

y nuestra alegría
tachen de descoco...
allí, al que no es santo...
le falta muy poco.

Para mí es la nueva
de las más hermosas,
porque como hay «rachas»
en todas las cosas,

mi virtud espero
que se recompense
y «me toque» el día
que menos se piense.

Si es cierto que han hecho
milagros probados
los santos que ahora
son canonizados,

milagros muy grandes,
milagros patentes
que han sido el asombro
de todas las gentes.

Yo, siendo extremada
la pereza mía,
escribo sin tregua,
de noche y de día,

no como el Tostado,
que es exagerar,
mas sí como alguno
que van a tostar.

Si aquellos ilustres
benditos varones
sufrieron terribles
mortificaciones,

horrendos martirios
tormentos crueles
y persecuciones
de impíos e infieles.

Yo sufrí martirios
de los editores,
y sufrí tormentos
de empresas y actores,

y por la política
fui bastantes veces
la víctima y blanco
de esbirros y jueces.

Y, en fin, si mis buenos
insignes paisanos
que ya en los altares
verán los cristianos,

también se impusieron
mortificaciones,
sufriendo cilicios
y mil privaciones.

Yo en eso a ninguno
que haga más concedo,
pues me mortifico
todo cuanto puedo,

y aun leo -es un dato
que vale por tres-
¡versos de Carulla
dos veces al mes!

Si ahora no es posible,
pues siempre se espera
para hacerle santo

a que uno se muera,

cuando al fin, me llegue
trance tan sensible...

-¡Quiera Dios que tarde
todo lo posible!-

Yo aumentaré el número,
que haya hasta aquel día,
de «santos varones»,
de la Andalucía,

y en los Almanagues
hallará el lector
SAN FELIPE PÉREZ,
mártir y escritor.

Los microbios del dinero
A EDUARDO SÁENZ HERMUA (Mecachis)

¡Jesús! ¡No quiero pensarlo!

Un bacteriólogo inglés
ha descubierto microbios...
¿saben ustedes en qué?

Pues en el oro, en la plata,
en el cobre, en el papel
de los billetes de Banco,
en fin, en todo lo que es

vil papel o vil metal,
que más viles quieren ser,
pues van, si ya pierden almas,
a perder cuerpos también.

Vosotros, los que anhelantes,
con terrible insensatez
vais en busca del dinero
creyéndolo el mayor bien;

vosotros, los que en las arcas
guardáis el oro a granel
y tenéis, en ser tan ricos,
honor, gloria, dicha y prez;

vosotros, los que avarientos,
no tenéis otro placer
que el de acaparar tesoros
donde la luz no les dé.

¡Infelices! ¡Desdichados!
¡Pobre gente! Yo no sé
ahora si compadeceros
o miraros con desdén.

Cada una de esas monedas
de atrayente brillantez,
lleva infinitos microbios
que son mortales per se,

y hay billetes «tifoideos»
que matan antes de un mes,
monedas de cinco duros
cuya horrible «amarillez»

anuncia «fiebre amarilla»
para el triste a quien las den;
duros «pálidos», que indican
la anemia en su palidez,

y pesetas «catarrales»,
y, en fin, perros, y esto es
natural, con los microbios
de la rabia más cruel.

¡Pobrecitos millonarios!
No vaciléis esta vez
y dejad vuestros millones
a fin de salvar la piel.

La salud es lo primero,
y atendiendo a vuestro bien,
mandadme a mí las monedas...
que yo las fumigaré.

Vamos por puntos
A ANTONIO SÁNCHEZ MOGUEL

Por un punto se perdió la burra.

(Dicho popular.)

¿Qué es un punto?

En matemáticas lo más insignificante, porque «aunque tiene posición, no tiene dimensiones de longitud, latitud, ni profundidad»; es decir, que los puntos matemáticos son como esos ricachos que, aunque tienen posición, no son profundos, ni largos, ni latos; cuando más son lateros.

Pero si en matemáticas el punto es «nada» o «casi nada», en las demás «cosas de la vida» es todo o casi todo.

...

¡Vamos por puntos!... como decía un celoso agente de la policía judicial que iba con el juez y el escribano a sorprender una casa de juego.

Prescindiendo de esos puntos reales o figurados, que en el Código tienen señalada una pena, por lo que las autoridades alguna que otra vez suelen tomarse la pena de perseguirlos, y dejando aparte otros puntos... más o menos filipinos, que no tienen señalada pena alguna, aunque valía la pena de que se les señalara, el punto y los puntos, por punto general, tienen grandísima importancia y ejercen notabilísima influencia en la vida de los hombres y en la historia de los pueblos.

...

¡Qué graves controversias, qué funestos cismas, que horrendas luchas han motivado la interpretación varia y la discusión apasionada de algunos puntos teológicos! ¡Qué terribles disensiones, qué espantosas discordias, qué sangrientos combates han ocasionado fútiles cuestiones, sólo por haber hecho de ellas punto de honra! ¡Qué de querellas domésticas, de litigios judiciales de trastornos políticos y de confusiones, torpezas y males de todo género han resultado por no mirar cuestiones sencillísimas desde el verdadero punto de vista! ¡Qué de algaradas estudiantiles, de alborotos escolares, convertidos a veces en serias cuestiones de orden público, han surgido por no conceder rectores o maestros el punto reclamado con

excesiva anticipación o exigido en actitud revolucionaria, llevando como programa los conocidos versos, que en ciertas épocas fueron el himno, la Marsellesa de los estudiantes:

«Punto, pedimos,
punto, queremos.
Si no nos lo dan,
nos lo tomaremos»!

...

Para conmover y poner sobre aviso a todo un ejército, basta que un corneta lance un punto de atención; para mover y levantar el mundo bastaba, a Arquímedes que le dieran un punto de apoyo.

¿Queréis convenceros de que una mujer es digna de estimación y de cariño? Pues bastará con que lleguéis a persuadiros de que es mujer de punto.

¿Queréis saber si un hombre es digno de consideración y respeto? Pues lo primero que tenéis que averiguar es los puntos que calza.

De poco o de nada sirven la fortuna, el bien más codiciado, la noticia más esperada, el favor más apetecido, si no llegan a punto.

El manjar más sabroso, el dulce más agradable, el mismo pan, pueden resultar ingratos al paladar, y a veces nauseabundos e indigestos, si el cocinero, el repostero o el tahonero, por distracción o impericia no han sabido hacerles tomar «ese estado perfecto» que se llama el punto.

El asunto más claro, el problema más sencillo conviértense en cuestiones arduas, complicadas e insolubles, si no se colocan las cosas en su punto, si no se refieren punto por punto los antecedentes, si no se ponen los puntos sobre las íes.

Nada más fácil que errar un hombre de talento al pretender dar su opinión cuando se trata de puntos que no conoce, o cuando no sabe a punto fijo de qué se trata.

En cualquiera de estos casos, lo que todos debemos hacer es poner punto en boca, para evitar el que puedan corregirnos con la conocida frasecilla: «Lo dijo Blas, punto redondo.»

...

Para no aburrir al bondadoso lector enumerando todos los casos en que se demuestra la importancia y la influencia de los puntos, sólo recordaré las que tienen los géneros de punto y los coches de punto; y llegando al punto a que deseaba traer la cuestión, la innegable y extraordinaria que tienen los puntos... ortográficos.

Aquel ciudadano que al terminar cada carta ponía bajo la firma a guisa de postdata, varias líneas de puntos y de comas, para que el lector las colocara a su antojo en los lugares

respectivos, cometía uno de los mayores desatinos que puede cometer el hombre. No sólo se exponía a que le hicieran decir lo contrario de lo que quería haber dicho, sino que, por ende, corría el riesgo de que la equivocada o maliciosa puntuación, alterando el recto sentido de sus frases, le perjudicase y comprometiese, si aquél o aquéllas resultaban heréticos, pornográficos o por cualquier otro modo censurables.

...

El orador incomparable y escritor elegantísimo D. Emilio Castelar no hace mucho tiempo, en una de sus admirables Revistas europeas, censurando la ligereza con que se imprime y publica lo que se escucha, cuando el más ligero error de puntuación puede ocasionar confusiones lamentables, cuando no dañosas contradicciones entre lo hablado y lo escrito, refería, con singular gracejo, lo ocurrido con el versículo del Evangelio de San Mateo, en que por variar de sitio dos puntos, se hacía decir al ángel que estaba al lado del sepulcro del Redentor todo lo contrario de lo que el Evangelio pone en boca de aquél al preguntarle las Marías por Jesucristo:

Resurrexit: non est hic. Resucitó: no está aquí, dijo el ángel; pero el cajista llevó los puntos a otro punto, y resultó este desatino: Resurrexit non: est hic. No resucitó: aquí está.

...

Si éste y otros muchos ejemplos que podría recordar no demostraran cumplidamente la grandísima importancia del punto y de los puntos, bastaría hacer que el lector que haya tenido paciencia para leer este artículo se fije en la satisfacción extraordinaria que indudablemente ha de sentir al ver que el autor pone el punto final.

¿Central?

A CARLOS ARNICHES

«Señoritas del teléfono»

según he oído decir
sois todas de lo más listo
y más bello y más gentil,
que Dios ha criado, para
hacer al hombre feliz;
que a inteligentes y a lindas
no hay quien pueda competir
con vosotras, pues cada una,
por su talento y su chic,
es por dentro un Edissón
y por fuera un querubín.

Pero como yo no os veo,
cuando me quiero servir
del teléfono, en lugar
de esas gracias, para mí
sólo tenéis una gracia
que ya no puedo sufrir,
la de tenerme dos horas
hasta que me aburro, al fin,
dale que dale al botón...
ti-qui, ti-qui, ti-qui-tí...

.....

¿Central?... No contesta nadie.
¿Central?... Siguen sin oír.
¿Central?... ¡Por todos los santos!
¿Central?... ¡Por las once mil!
¿Central?... Que es asunto urgente...
¿Central?... Que voy a sufrir
un perjuicio pistonudo...
¿Central?... ¿Central?... Y ya así
a las tres horas o cuatro,
si no me llegué a rendir,
resuena el tilín del timbre
y oigo una voz juvenil
entre burlona y amable,
que a mi me hace más tilín,
y que me dice: -¿Han llamado
por casualidad ahí?
-¡Si estoy llamando, señora,
desde mediados de abril
y ya estamos en diciembre!...
-¿Y desea usted algo?

-Sí;

comunicación, al punto,
con el cuatrocientos mil
cuarenta y nueve.

-En seguida.

.....

Resuena el timbre... ¡Ah! ¡Por fin!
-«¿Eres tú, mi Telesfora,
mi amor, mi vida, mi hurí...?»
Y una voz bronca responde:
-«No, señor... Soy don Quintín.»
-«Dispense usted... habrá un cruce.»
-«Si le cogiera a usted aquí
ya le cruzaría yo
de un sablazo la nariz.»

-«Pero es que...»
-«No sufro a nadie
el que se burle de mí.»
-«Es usted un animal.»
-«Y es usted un zarramplín.
Ya averiguaré quién es,
porque no se ha de reír
de mí ningún mequetrefe
cuando soy un puerco-espín.
-«Lo de espín pienso que sobra.»
-«¡Insolente!»
-«¡Zascandil!»

.....
Resuena el timbre... -«¿Ha acabado?»
dice la voz juvenil
entre burlona y amable.
-«Sí, señora, concluí
con mi paciencia; por culpa
de usted, seré ya infeliz:
no pude hablar con mi novia,
y me costará el reñir,
y en cambio, he podido hablar
con un señor incivil,
que, por el maldito cruce,
quiere darme que sentir...»

.....
Se oye una risa, que ya
me pone fuera de mí;
otra vez reina el silencio;
quiero enmendar el desliz
y hablar con mi Telesfora,
y vuelvo a pasarme así
otras tres horas o cuatro
hasta que me aburro, al fin,
de estar dando al botoncito
ti-qui, ti-qui, ti-qui-tí...»

Esto ayer por el teléfono
oí a un sujeto decir,
pues, sin duda, por un cruce,
sin saberlo el infeliz
quiso decirlo a vosotras
y me lo ha contado a mí.

Yo fielmente os lo traslado,
sin poner ni suprimir;

pero apoyando su queja,
que no es queja baladí,
por mi cuenta solamente
esto tengo que añadir:

«El servicio telefónico
es muy útil al país
y está bien en vuestras manos
cuando procuráis cumplir;
pero, hijas, no os descuidéis,
porque no digan así
que en ese servicio llega
a ser vicio... el no servir.»

Baile de trajes
A EDUARDO MUÑOZ

I

Doña Tecla Zapatero

es viuda de Zapateta,
que tuvo zapatería
en la calle de la Greda.

Como él hacía las botas
de becerro de Becerra,
se calzó un destino en Cuba
allá, en el año setenta.

Y en unos ocho o diez meses
se dio unas trazas tan buenas,
que si antes supo hacer botas,
entonces supo ponérselas.

Regresó a España trayendo
muchos miles de pesetas;
y sin volver a acordarse
del cerote y de la lezna,

compró hotel, coches y galas,
dio bailes y tes y fiestas;

a personajes ilustres
logró sentar a su mesa,

y como aquí, por desgracia,
desde larguísima fecha,
pocas almas no han perdido
las dos primeras potencias,

aquel rico improvisado
nadie recordaba que era
el antiguo zapatero
de la calle de la Greda.

Sin embargo, recelosa
siempre anduvo doña Tecla,
creyendo voces extrañas
las de su propia conciencia,

y en más de un dicho inocente
y en más de una frase hecha,
a su antiguo estado hallaba
alusiones o indirectas.

Al año de estar viuda,
de su dolor dando muestras,
exclamaba: -Del pasado
triste recuerdo me queda.

Y Juanito, que es un joven
que la adula y la corteja,
le replicó: -Ese recuerdo
es triste, pero... consuela.

Lo de con-suela, a la pobre
le sonó de tal manera,
que le dio un desmayo,
y todos lo achacaron a la pena.

Aún le duraba el enfado
cuando volvió Juan a verla,
y el mozo, que es algo necio
y que el francés chapurrea:

-¿Madame, avez-vous chagrin?,
le dijo con faz risueña,
y a poco hay una catástrofe
si al fin no toma la puerta.

En su álbum quiso Juanito
echárselas de poeta,
dando como suyo El canto
del cosaco, de Espronceda.

Lo vio doña Tecla un día,
y al leer la frase aquella
del «espléndido botín»,
armó tal marimorena,

que el joven, aun sin saber
la razón de la querella,
a copiar versos ajenos
renunció per omnia secula.

Ella, por tales motivos,
siempre del joven recela,
y él sólo alcanza desdenes,
aunque la sirve y la obsequia.

Juanito es pintor de historia,
de historia bastante fea,
pues vive sólo de trampas,
de sablazos y de deudas.

Y si pretende casarse
es porque lleva la idea
de ablandar, al fin, los duros
que el otro traje de América.

II

Deslumbrantes los salones
de casa de doña Tecla,
contener apenas pueden
la escogida concurrencia.

Monjas, príncipes, guerreros,
señores de la Edad Media,
magos, mozos, aldeanas,
odaliscas, jardineras,

al son de agradable música
y en confusión pintoresca,
ríen, bullen, van y vienen,
y bailan o se pasean.

Quizás del Apocalipsis
ha sonado la trompeta,
y para marchar al valle
de Josafat se congregan

allí las gentes de todas
las naciones y las épocas,
y llegando al fin el día
de la igualdad más completa,

en fraternal alianza,
se confunden y se estrechan
los reyes y las pastoras,
los soldados y las reinas,

los moros y las cristianas,
los nobles y las plebeyas,
las señoras de la corte
y los mozos de la aldea.

Doña Tecla, el Carnaval
brillantemente celebra
con aquel baile de trajes
en deslumbradora fiesta.

Sólo falta allí Juanito;
ya se ha notado su ausencia,
cuando al ser la media noche,
de improviso se presenta.

Como es pintor, ha querido
dar de su gusto una prueba,
y de un retrato de Apeles
es copia fiel y perfecta,

Con gentil desembarazo
lleva la túnica griega;
con una mano cogidos
pinceles, tiento y paleta.

Y porque conozcan todos
el tipo que representa,
«Zapatero, a tus zapatos»
lleva escrito como empresa.

Doña Tecla, al verlo, dio
un salto como una hiena,

y sin poder reprimirse,
hablale de esta manera:

-Es usted un mal nacido,
hombre de mala ralea,
un libertino, un infame,
un truhán, un sinvergüenza,

un desalmado, un canalla,
un granuja sin conciencia,
un grosero sin decoro,
y, en fin... etcétera, etcétera.

Juanito, apenas repuesto
del susto y de la sorpresa,
le dijo: -Y usted es una...
bribona de siete suelas.

Lo de siete suelas dio
en el blanco con tal fuerza,
que doña Tecla, al oírlo,
cayó desmayada en tierra.

III

Salió Juanito corriendo,
bajó a saltos la escalera,
y entró, para serenarse,
en un café que halló cerca.

Al verle algunos amigos
que estaban en una mesa,
dijeron: -¿De dónde vienes
que tan espantado llegas?

Y Juanito contestoles
con voz perceptible apenas:
-Vengo del baile de ul-trajes
de casa de doña Tecla.

Lo he leído con asombro,
tanto, que aún no he vuelto en sí,
como escribía La Iberia
allá por los años mil.

Lo he leído con asombro,
y cien veces lo leí,
y aún no acaba de entenderlo
mi inteligencia ruin.

Lo he leído con asombro,
y aún no acierto a colegir
si están locos los franceses
o si es que yo estoy de aquí.

Un caballo es hoy el héroe
y el ídolo de París,
que bajo sus patas echa
los tesoros de Rostchild

y que lo aplaude y lo aclama
con entusiasmo febril,
declarando que su triunfo
es el triunfo del país.

Vencida quedó Inglaterra,
sufriendo terrible espín
y a duras penas pudiendo
sofocar su frenesí.

Triunfante ha quedado Francia,
que hoy, orgullosa y feliz,
ya pregonando su triunfo
va de confín en confín.

No triunfó en lucha del Arte,
de la Ciencia en noble lid,
en contienda provechosa
del talento o del esprit.

Ni en guerra sangrienta y ruda
mas grande y gloriosa al fin,

defendiendo su bandera,
con bravo esfuerzo viril.

Ese triunfo que pregonan
entusiasmados allí,
desde la gente más pobre
hasta la gente más chic,

ese triunfo que celebran
tanto como el conseguir
la revancha, victoriosos
entrando un día en Berlín.

lo ha conseguido un caballo
francés -cela va sans dire-
que por ligereza, o suerte
ha ganado le grand prix.

Y le harán cien mil retratos
de grupa, frente y peral,
y en bronces, con letras de oro
harán su nombre esculpir,

y le tejerán coronas,
le compondrán himnos y
para su gloria, la fama
hará sonar su clarín,

obscureciendo el renombre
que lograron conseguir
los caballos de Darío,
de Calígula y del Cid.

Quien gana en cinco minutos
doscientos cincuenta mil
francos... ¡un millón de reales!
¡¡la mar de maravedís!!

quien consigue con las patas
ver a una nación gemir,
poniendo el sol de la gloria
de su patria en el zenit;

quien logra que el mundo escuche

el nombre de Ragotskí,
con más placer que los nombres
de Víctor Hugo y Racine,

genios que, con su trabajo
no consiguieron reunir
lo que ganó en un momento
un miserable rocín,

¡ay! si no fuera una bestia,
y pudiera discurrir
¡estaría avergonzado
de su triunfo baladí!

¡Con qué desdén miraría
a esta sociedad ruin
para quien son, el que vive
trabajando... un infeliz,

el honrado... un papanatas,
el artista... un zascandil,
el inventor... un demente,
el sabio... un chisgaravís,

y que funda gloria y dicha,
importancia y porvenir,
en lo que un animal corre...
menos animal al fin.

¡Con qué desprecio vería
a las gentes acudir
ofreciéndole más oro
que produjo el Potosí,

en tanto que, indiferentes,
ven de hambre y dolor morir
a los que piensan, trabajan
y útiles son al país!

¡Ah! Si no fuera una bestia
y pudiera discurrir

allá a solas, en la cuadra,
quizás pensaría así:

-Ser hombre es una vergüenza
y a Dios le doy gracias mil
por la ventura infinita
de haber nacido rocín.

12 Junio, 1893.

Carrera... militar
A D. JOAQUÍN ARIMÓN

I

Desde Colmenar de Oreja
vino a Madrid Robustiana,
una hermosa zagaleja
fresca como una manzana.

Llegó aquí la pobrecilla
a pasar rudos trabajos,
tan modesta, tan sencilla,
siempre con los ojos bajos...

Tan pura y tan inocente,
que ni aun sabía qué es vicio,
y pensando únicamente
en entrar en el servicio.

Y entró, con suerte no escasa,
apenas hubo llegado,
a servir en una casa
de la calle del Soldado.

II

En Pozuelo de Alarcón
cayó soldado Bartolo,

un robusto mocetón
zafio y feo como él solo.

Al mirarlo el capitán
que los mozos escogía,
dijo, colmando su afán:
-¡Tú... para caballería!

Bartolo, alegre y riendo,
cuando del cuartel salió
a todos iba diciendo:
-¡Pa, caballería... yo!

Tendré un sable reluciente
que suene cuando yo ande,
y un jaco gordo y ardiente
y una novia guapa y grande.

III

Pasó el tiempo: la doncella
ya iba conociendo el mundo;
y él, progresando al par que ella,
llegó a ser cabo segundo.

El amor, que es un buen maula,
los puso, por fin, a tiro,
una tarde, ante la jaula
de los monos del Retiro.

Llegando a poco a enlazar,
en mutuo amoroso anhelo,
la Venus de Colmenar
con el Marte de Pozuelo.

¡Jamás amantes más finos
ni más graciosa pareja
se vio en los Cuatro Caminos
ni en la Fuente de la Teja!

IV

Harta, del servil trabajo
que a su hermosura iba mal,
dejó escoba y estropajo
por la aguja y el dedal.

Adornó ya su persona
buscando el buen parecer,
y otra aprendiz más mona
no se vio en ningún taller.

Con presunción, que no alabo,
se hizo coqueta orgullosa;
al cabo lo dejó, al cabo,
que un cabo era poca cosa.

Y a un alférez le dio cara,
porque el pobre juró un día
como ella lo despreciara
morir de una alferecía.

V

Sólo una necia hace caso
de amor de un sietemesino
y aquel amor más que a paso
se marchó... como se vino.

No sé qué le ocurriría;
pero ella, airada y molesta,
cuando hablaba de él decía:
-«El que con niños se acuesta...»

¡Qué empalagoso chicuelo!
su pasión no tiene nombre...
¿Niños? Ni para ir al cielo...
¡A mí que me den un hombre!

Y para olvidar su afán
y aquella pasión aviesa,
le dio cara a un capitán
de húsares de la Princesa.

VI

Con el capitán riñó
por una querrela vana,
y a un comandante le habló

apenas una semana;

pues decía: -Es importuna
cosa que no tiene aguante,
que al hombre que va con una
le llamen «mico-mandante.»

Y era que la cegó el loco
afán de hacer más papel,
y aun desairó por ser poco
a un teniente coronel.

-Desdeño a los que me amen,
pues lo que mi pecho anhela
-decía- es que al fin me llamen:
¡Coronela! ¡Coronela!

VII

Consiguió al fin encontrar
un coronel de buen ver,
mas lo tuvo que dejar
porque llegó un brigadier;

y ella, con placer inmenso,
exclamaba a cada rato:
-Cada mes tengo un ascenso...
¡Yo llego al generalato!

La frescota Robustiana,
que desde que no servía
llamábase sólo Ana,
siguió diciendo aquel día:

-Seré Annette desde hoy,
nombre que sienta a merveille,
y diré a todos que soy
de Place des ruches de l'oreille.

VIII

Llegó el general ansiado,
y Annette orgullosa y fiera,

vio que había al fin llegado
al final de su carrera.

Era un general barbián
que tenía de ayudante
a un muchacho capitán
con grado de comandante.

Y aquella mujer coqueta,
interesada y venal,
por él perdió la chabeta
de una manera formal.

Mas una carta perdida
descubrió al fin su traición...
¡Y fue floja la caída
que dio en el escalafón!

IX

Perdió, ¡es claro! general
y ayudante juntamente,
y en su despecho brutal
se echó en brazos de un teniente.

Al mes pasó, en mal estado,
con poco dinero y ropa,
a un viejo alférez graduado,
procedente de la tropa.

Éste la dejó a un sargento,
éste la dejó a un corneta,
y éste la dejó... al momento
que vio otra más pizpireta.

Y hoy... la que tuvo tal gancho,
e hizo brillante papel...
¡va por las sobras del rancho
a la puerta del cuartel!

La jamona sensible
Cuento

A D. JOSÉ CARREÑO DE LA CUADRA

I

Una sensible jamona
que cumplió los treinta y uno
sin que se hubiera ninguno
prendado de su persona,

al ver pasar su existencia
sin poder cambiar de estado,
cayó enferma de cuidado
con una extraña dolencia,

que al viejo doctor apura
y hace que se desespere,
porque ve que se le muere
sin frío ni calentura.

Crece, con furia alarmante,
el mal que a la pobre mina,
y el médico, que no atina,
le pregunta a cada instante:

-Diga usted qué la molesta
o el mal de qué la proviene.
Y la paciente, que tiene
media lengua, le contesta:

-¡Ay, doltol, mi culación
imposible me parece,
polque éste es un mal que clece
y me oplime el colazón.

-En el corazón no hay nada-
dice el médico, después
de auscultarla.

-¡Ay! ¡Eso es
lo que más me desagrada!

II

Pasó un día y otro día,
la paciente se agravaba,
la familia se angustiaba
y el doctor más se aturdía.

Rendida en el lecho ya
la infortunada jamona,
a todos descorazona,
pues, sin remedio, se va.

Ya ni aun habla la infeliz,
ya su pulso se detiene,
ya hay quien observa que tiene
afilada la nariz.

-¡Ay! ¡Que se muere, doctor!-
la familia a coro grita-
¡Sálvela usted! ¡Pobrecita!...
¡Usted es su salvador!

Y el doctor, con voz terrible,
exclama ante aquel asedio:
-¡Señores, ya no hay remedio!...
¡El curarla es imposible!

Para el mal que la acarrea
la muerte -decirlo siento-
ya ningún medicamento
tiene la Farmacopea.

Se muere y me mortifica;
mas no hace en mi ciencia mella,
que el remedio para ella
no se hallaba en la botica.

Ese mal que no el doctor,
el cura pudo curar;
bien se pudiera llamar,
«la nostalgia del amor».

Y aunque hoy os parezca extraño,
remedio hubiera tenido
a haberle dado marido
hace lo menos un año.

III

Agitose la paciente

cuando el médico calló;
dio un fuerte suspiro, abrió
los ojos lánguidamente;

incorporose en el lecho
y exclamó con alegría:
-Pede que ahola todavía
me pudiela hacel plovecho.

Un poetastro famoso
A POPO GESTOSO Y PÉREZ

Los poetas y los poetastros, que en tanto se diferencian, parécense, sin embargo, en que así a éstos como a aquéllos debe aplicarse el repetidísimo nec mediocribus esse..., de Horacio. Los poetas medianos jamás alcanzarán renombre merecido, como los medianos poetastros no lograrán nunca justa celebridad.

En todos los tiempos y en todas las naciones ha habido siempre más poetastros que poetas, y lástima grande es que no hayan figurado y figuren entre las leyes del reino y de todos los reinos y repúblicas con las consiguientes reformas y adiciones, aquellas chistosísimas Premáticas del desengaño contra los poetas güeros, que escribió D. Francisco de Quevedo, y que le valieron el que Cervantes dijera de él:

«Es el flagelo de poetas memos,
y echara a puntillazos del Parnaso
los malos que esperamos y tememos.»

y aquellos Privilegios, ordenanzas y advertencias que Apolo envía a los poetas españoles, escritos por el inmortal autor del Don Quijote.

Justo es confesar que, no obstante la abundancia extraordinaria de tales sabandijas, que así llaman a tales genios aquellos eminentes escritores, poquísimos son los que han conseguido legar su nombre a la posteridad, y menos aún los que han logrado el honor de legarle también alguno de los extravagantes frutos de sus destartalados ingenios.

De un tal Mauleón, contemporáneo de Cervantes, sólo sabemos, por ejemplo, lo que éste dice de él en la historia de su Ingenioso Hidalgo y repite en el Coloquio de los perros,

poniendo en boca de Berganza estas palabras: «...responderé a quien me reprendiese, lo que respondió Mauleón, poeta tonto y académico de la academia de los imitadores, a uno que le preguntó qué quería decir Deum de Deo, y respondió que dé donde diere.»

El siglo XVIII produjo grandísimo número de «Petrarcas tontos, Lopes mentecatos» como les llamaba el doctor Torres Villarroel, quien los insultaba lindamente en sátiras y sonetos del tenor siguiente:

HABLA TORRES CON EL JABARDILLO DE POETAS

«Parad, parad, ingenios mamarrachos,
deteneos poetas contrahechos,
si le debéis a Apolo sus derechos
no crucéis su montaña sin despachos.

»Esa piara de conceptos machos
no tienen los portazgos satisfechos,
atad los líos que tenéis deshechos,
retraedlos allá entre los capachos.

»Sin duda imaginasteis, pobres bichos,
que era hacer versos engullir bizcochos
y que estaba el ser buenos en ser muchos.

«Pues, no por cierto, que vulgares dichos
os condenaron por ingenios
mochos en la chancillería de los duchos.»

Sin embargo, de esos muchísimos poetastros que produjo el siglo XVIII, especialmente en sus últimos años, apenas nos queda recuerdo de otros que Comella, Nifo y Monzín, y aun de los innumerables que ha producido este caduco siglo de las luces, del vapor y del buen tono, sólo de cuatro o cinco ha quedado memoria perdurable. Entre los que descollaron en su primer tercio, recuérdase al insigne D. Cristóbal Cladera, retratado por Moratín en el Don Hermógenes de su Comedia Nueva; a D. Manuel Gil de la Cuesta, recordado por el ilustre Mesonero Romanos en sus Memorias de un setentón, y a D. Diego Rabadán, que tiene también en ella gracioso recuerdo. Entre cuantos en el segundo tercio figuraron, nadie ha olvidado al incomparable D. José González Estrada, inventor de los pentacrósticos cruzados, a quien dedicaron perpetuo recuerdo los ingeniosos escritores D. Manuel del Palacio y D. Luis Rivera, en su chistoso libro Cabezas y calabazas, haciendo esta «semblanza imitativa»:

«Eres un hombre de bien,
José;
laberíntico me partes,
González;
el mundo llena tu fama,
Estrada.

Vate de genial prosapia
a quien imitar he querido,
y ante cuyo poder me humillo,
es José González Estrada.»

Por último, entre los infinitos que bullen y pululan en este desdichado fin de siglo, mucho será que alguno pueda dejar recuerdo suyo, a no ser aquel malagueño, Pascual Torres, que hace ya algunos años alborotó en los teatros andaluces con su famosa comedia titulada ¡A la mar!

De todos los mencionados en los párrafos precedentes ninguno acaso tan notable y digno de mención como aquel D. Diego Rabadán, vendedor de libros viejos en un puestecillo que tenía en la plaza de las Descalzas, y que en los primeros años de este siglo fue asombro y admiración de los demás poetastros, a cuyo frente logró ponerse, y regocijo y diversión de la gente ilustrada, pero amiga de risas y de chanzas.

Rabadán, según decía en 1836 un ilustrado escritor, «no era uno de aquellos copleros que con sólo la facilidad de su consonante improvisan cuartetos, décimas y quintillas, acrósticos y ovillejos de pie forzado, no; era un ingenio original, aunque limitado; era todo un poeta extravagante, formado por malísimas y multiplicadas lecturas, que tuvo la desgracia de identificarse con todo lo más ridículo de los poetastros y adoptarlo con una fe quijotesca».

El bueno de Rabadán era murciano, según refiere un biógrafo suyo, escritor desconocido y hombre de buen humor, que comenzaba así unos burlescos Apuntes para la historia de D. Diego:

«Contaré las aventu-
de un mal poeta murcia-
a quien pésimas lectu-
la cabeza devana-»

Vino a Madrid ya mozo; dedicose al comercio de libros viejos, y, aprovechándose de su mercancía, dióse con tal afán a la lectura, que, como el Ingenioso Hidalgo, «los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba a leer libros..., y se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio...»; rebatió toda su mollera de lo más selecto y atildado, según su criterio, de nuestro Parnaso, y acabó por lanzarse a escribir, no tardando en encontrar admiradores, sinceros o burlones, que le estimulaban y engreían, y periódicos contagiados del mal gusto de la época, que, como El Diario de Madrid, dieron entrada en sus columnas a sus extravagantes lucubraciones.

En la citada obra del Sr. Mesonero Romanos se insertan algunas desatinadas composiciones de Rabadán. Como es libro moderno que fácilmente puede adquirirse, nosotros reproduciremos dos sonetos no menos disparatados, que en él no figuran, para muestra del singular ingenio de aquel famoso poetastro, con quien en vano pretendían

competir en fecundidad y extravagancia el sombrerero Abrial, Garnier, Goveo y otros innumerables copleros de su época.

A LOS SANTOS REYES

Soneto pastoril

Bien venidos seais, ¡oh, Reyes santos!
pronto la vuelta dais de ver al niño,
que hallaríais más limpio que un armiño,
entre pastores y sencillos cantos.

De regocijos romperíais en llantos
al mirar en Belén el pobre aliño;
de María y José su gran cariño
os tendría a los tres como en encantos.

Supuesto que sabéis lo que allí pasa,
y que en la tierra y cielo está mandando
Manolito Jesús..., pedid sin tasa

que por España siga percurando;
pues que tenemos ya dentro de casa
al mayoral virtuoso ¡el gran Fernando!

POEMA DIDÁCTICO

Definición del soneto

El soneto es poema bien sucinto,
de leyes rigidísimas, severas,
que en ficciones y cosas verdaderas
nunca debe salir de su recinto:

Terrible complicado laberinto,
nivel de burlas y compás de veras,
que suele remontarse a las esferas
mejorado de Apolo en tercio y quinto.

Sus partes han de ser todas perfetas,
derivadas de un solo pensamiento,
sin estribos, tacones, ni muletas;

en los fines está su encantamiento,
y es la piedra de toque de poetas

o el Caribdis y potro de tormento.

Las gentes de buen humor, que se holgaban grandemente con las poéticas sinrazones de Rabadán y con sus pedantescos alardes, le tomaban el pelo, como chulescamente ahora se dice, ya escribiendo rimbombantes, irónicos elogios, que él tomaba por verdaderas, entusiastas alabanzas, ya haciendo llegar a él supuestas cartas de los reyes y príncipes de Europa, en que, colmándole de extremados loores, le hacían merced de estupendas distinciones y le concedían condecoraciones imaginarias.

Hasta después de muerto los chanceros siguieron mofándose de él, y uno de ellos, imitando su estilo, compuso este burlesco

EPITAFIO

«El día catorce del corriente
del año del Señor mil ochocientos
diez y nueve, con grandes sentimientos
de la española y extranjera gente,

murió el señor don Diego de repente,
sin siquiera llevar los Sacramentos,
de lo que todos quedan descontentos,
como puedes creer, lector doliente.

Malucho andaba ya; pero no tanto
que no blandiere el gran Cristovalino,
y no hechizase su apolíneo canto;

murió a manos de duendes: peregrino,
si algo alcanzas en versos, rompe en llanto,
tributo al sabio numen rabadino».

Algunos años antes de la muerte de Rabadán, un hábil pintor hizo de él un retrato que figuró en la Exposición de la Academia, y fue muy celebrado por su gran parecido, dando ocasión a todo género de burlas y chanzonetas contra el famoso, poetastro.

Copia exacta de aquel retrato publicó un periódico, y fiel reproducción de ella, reducida por el fotograbado, es la que publicamos a la cabeza de este artículo.

En tren... de recreo

En un tren han sorprendido
una partida de juego
en que unos puntos sacaban
a otros puntos el dinero,
yendo de un punto a otro punto
sin temores ni recelos
de que jueces ni alguaciles
pudieran topar con ellos.

Pero unos mozos de escuadra
enviados con tal objeto,
penetraron en el coche
yendo el tren en movimiento
y al decir copo, dejaron
como un copo a los sujetos
que iban con bolas y nueces
engañando a un pobre memo,
al que, si tardan los mozos,
dejan los otros en cueros.

Y se dice que, al llevar
a los jugadores presos,
les dijo un guardia: -Es el colmo
éste del atrevimiento.
¡Ya son los trenes garitos!
-¿Y hay algo de extraño en eso?-
dijo uno de los tahures.
Pues si hoy, en todos los centros
que de recreo se llaman,
es cosa corriente el juego,
¿por qué no lo es asimismo
en los trenes... de recreo?

La muerte de D. Rodrigo
Cuento

A PEPE DE LA LOMA

En un examen de Historia
grave el profesor pregunta
a un alumno que no sabe
jota de la asignatura,
y que tragando saliva,

con una inquietud convulsa,
agitándose en su asiento,
mirando hacia el techo, en busca
de respuestas ignoradas,
que allí encontrar se figura,
muy pálido y tembloroso,
pues cada vez más se turba,
con palabra balbuciente
de vez en cuando masculla
frases ininteligibles,
por vanas y por confusas.
-¿Qué sabe usted del rey godo
don Rodrigo?

-Que... fue una...
persona real... en el tiempo
de los godos...

-Y aunque hay dudas
respecto a su muerte... ¿usted?...

-Yo... si a mí se me consulta,
opino... que ya a estas fechas
ha muerto sin duda alguna.

-Bien; pero ¿en muchas batallas
estuvo aquel rey?

En muchas.

-¿Y en cual murió, según datos
fidedignos aseguran?

Traga el alumno saliva,
muerde con furor sus uñas;
mira al techo, mira al suelo,
en la silla se columpia
maquinalmente; sus ojos
parece que hasta se enturbian:
seca su lengua se pega
al paladar, tiembla y suda,
y al cabo de dos minutos
de una indescriptible angustia,
haciendo un supremo esfuerzo,
con voz muy débil murmura:

-¿En cual de aquellas batallas...
murió aquel rey?... No resulta...
probado... pero... yo creo...
que debió ser... ¡en la última!

Reformas y economías
A LIBORIO C. POHSET

El bueno de don Matías
está empleado en Hacienda,
y asegura mucha gente
que en cuestión de economías
no hay uno que más entienda
ni hay otro más competente.

Y el bueno de don Marcial,
hombre de muy buenas formas,
que está empleado en Fomento,
goza fama universal
de ser, pensando reformas,
incomparable portento.

Por franca amistad unidos,
hace mucho tiempo ya
que viven juntos los dos,
con su suerte complacidos,
en un tercero de la
calle de Válgame Dios.

Don Marcial de bromas gusta,
mas don Matías, adusto,
no es amigo de alegrías,
y aunque su contraste asusta,
nunca, han tenido un disgusto
don Marcial y don Matías.

Son caracteres opuestos,
y no obstante, de tal modo
en buena armonía están,
que, a complacerse dispuestos,
se han de consultar en todo
y siempre de acuerdo van.

Viviendo así año tras año,
aunque con poca «fortuna»,
en paz y en gracia de Dios,
nadie ha de juzgar extraño
que sólo tuvieran una

levita para los dos.

Pero un día, don Marcial,
notando una falta, grita,
y halla en don Matías eco:
-Está mal, pero muy mal,
el que tengamos levita
y no tengamos chaleco.

Don Marcial luego agregó:
-Una reforma hay que hacer
indispensable, a fe mía.
Don Matías asintió
diciendo: -Mas sin perder
de vista la economía.

-Pues por eso que no quede.
Y pues a la vista salta
que tenemos mil razones,
la misma levita, puede
dar la tela que hace falta,
quitándole los faldones.

-¿Los faldones? ¡Pese a ti!
Tu ingenio desacredita
esa locura completa...
¿Pues no comprendes que así
nos quedamos sin levita,
pues se convierte en chaqueta?

-Eso es verdad; ¿y qué hacer?
Algo hay que sacrificar
para obtener otras gangas.
-Pues así tiene que ser,
la tela se ha de sacar
quitándole las dos mangas.

-Harás que de risa estalle,
que solamente a la risa
esa locura se presta...
Y ¿quién saldría a la calle,

yendo en mangas de camisa
con una levita puesta?

-Pues, francamente, confieso
que a mí nada se me ocurre,
y que ya me vuelvo loco.

-También me sucede eso,
que aunque mi mente discurre,
no doy en ello tampoco.

-¿Y eres tú de quien el mundo
el reformador talento
pondera todos los días?

-¿Y eres tú el genio profundo
que pasas por un portento
en cuestión de economías?

En esta disputa estaban
cuando un chicuelo se entró
hallando abierta la puerta.
Escuchó que disputaban,
y el chicuelo se quedó
con tanta boca abierta.

Y oyendo el caso en cuestión,
que, ya en tono de reñir,
uno de ellos repetía
haciendo un gesto burlón,
el chico se echó a reír
y dijo: -¡Qué tontería!

Comentario tan cruel
en boca de una criatura,
causó en los dos impresión;
y uno, fijándose en él
le dijo: -Y tú, ¿por ventura
nos darás la solución?

-Claro que la puedo dar,
aunque lo tomen a risa,
que a mí no me sobresalta.
¿A qué van a estropear
una prenda que es precisa
por otra que no hace falta?

-¿Ni a qué armar un caramillo?
Hasta que se tenga guita
para «tapar ese hueco»,
el remedio es muy sencillo...
Se abotona la levita
y se suprime el chaleco.

Absortos y confundidos
los dos bajaron la vista,
se fue el chicuelo ingenioso,
y quedáronse corridos
el famoso economista
y el reformador famoso.

Y hoy, si reformas pretenden
o tratan de economías,
entrambos cierran el pico
y como en todo se entienden
don Marcial y don Matías...
se van a buscar al chico.

El éxito
A EUGENIO SELLÉS.

I
El Talento y la Fortuna
se llegaron a encontrar,
y uniólos la Providencia
con la bendición nupcial.

Fue padrino de la boda
el Acaso, que a pasar
acertó en aquel momento,
y fue la Oportunidad

la madrina, pues llegó,
como en ella es lo usual,
tan a buen tiempo, que nadie
le pudo el puesto quitar.

De aquella unión nació el Éxito,
grande, hermoso, sin igual,
como nuncio de venturas
y de bienes y de paz.

La Fama tan fausta nueva
salió luego a pregonar,
produciendo con sus voces
sensación universal;

y por ellas atraídos
acudieron sin tardar
el Entusiasmo, tan pobre,
que no pudo ofrecer más

que ¡vivas! himnos, coronas
de laurel y de arrayán,
farolitos de papel
y banderas de percal;

la Envidia, teñido el rostro
de una lividez mortal,
con débil sonrisa, en vano,
queriendo disimular;

la Adulación, con lisonjas,
pretendiendo ir más allá
que el Entusiasmo, quemando
incienso sobre un altar,

con una cara de Pascuas
tan exagerada ya,
que si era cara o careta
no se pudo averiguar,

y encubriendo al Interés,
que se ocultaba detrás,
echando cuentas y haciendo
números con mucho afán.

II

El Éxito en pocos días

creció, se hizo colosal,
amamantado y nutrido
por la Popularidad,

pero calló el Entusiasmo
cansado al fin de gritar,
y el Talento, que anhelaba
sosiego y tranquilidad,

sobre los frescos laureles
que aquél trajo, en santa paz,
contento y rendido, echose
a dormir y a descansar.

La Fortuna, que fue siempre
loca y voluble deidad,
inconstante por costumbre,
por condición desleal,

de aquel sueño aprovechose,
y abandonando su hogar,
se marchó con el Dinero,
que siempre le gustó más.

Solos con el pobre mozo
quedaron, para su mal,
el Interés y la Envidia
y la Adulación falaz,

y el aturdido Entusiasmo
con su imprudente amistad,
y entre los cuatro, del Éxito
dieron fin breve y fatal.

El Interés le quitó
cuanto le pudo quitar;
la Adulación, con su incienso,
lo trastornó más y más;

el Entusiasmo, anhelando
agrandarlo sin cesar,
lo estiró de tal manera,
que lo dislocó al final,

y la Envidia, pretendiendo,
por el contrario, tenaz,
reducirlo y achicarlo,

estrujolo sin piedad.

Sucumbió el Éxito. Todos,
cuando no existía ya,
dudaban si su existencia
fue ilusión o realidad.

La Indiferencia enterrole
en ignorado lugar
sin poner sobre la fosa
epitafio ni señal.

Y cuando alguno se acerca
por acaso a donde está,
se encuentra con el Olvido,
que no le deja pasar.

¡Gobierno nuevo!
A GENARO ALAS.

En los trenes del Norte
y el Mediodía,
de Aragón, Cataluña
y Andalucía,

de Asturias y Galicia...
y aun mejor fuera,
para decirlo pronto,
de España entera,

en tropel y a bandadas
llegan hoy gentes
con todas las hechuras
de pretendientes.

¡Qué tipos y qué fachas
y qué maneras!
¡Qué fraques, qué gabanes
y qué chisteras!

Hay fraque, que en la corte
ya lució cuando

se celebró la jura
del rey Fernando;

y hay sombreros de copa
de los mayores
de tiempos del gobierno
de Miraflores.

De noche por las calles
más de uno anda
con el frac abrochado
y una bufanda;

y aunque todos abrigan
mil ilusiones
por no abrigarse muchos
dan tiritones.

Unos vienen buscando
cualquier empleo,
otros traen a la corte
mayor deseo

y por actos que dicen
que han realizado
hoy vienen ya por actas
de diputado.

El que tiene un negocio
malo y obscuro;
el que salir pretende
de algún apuro;

el que quiere librarse
de algún castigo;
el que pide que emplumen,
a su enemigo;

el que aspira a un empleo
para casarse;
el que busca un motivo
de divorciarse;

el que quiere a sus niños

ver empleados;
el que sólo ve ingleses
por todos lados;

el que con poca ropa
llegó al invierno...
todos, al ver que sube
¡nuevo gobierno!

a Madrid se dirigen
de varios puntos
a que cuide el gobierno
de sus asuntos,

y realice ambiciones
y arregle líos,
porque es lo que ellos dicen:
-¿No son los míos?

¿Para qué son ministros
de la Corona,
sino para que cuiden
de mi persona,

o me saquen de apuros,
con que estoy frito;
o me den unos cuartos
que necesito;

o mis caprichos cumplan,
aun siendo injustos;
o sólo se dediquen
a hacer mis gustos?...

Si así lo hacen, entonces
cuenten conmigo.
Si no van a tenerme
por enemigo.

¿Son los míos?... Veremos
con lo que salgo...
Porque aquí son los míos
los que dan algo.

Egipto sufrió siete
plagas tremendas
en castigo de culpas
graves y horrendas,

pero Dios quiso darle
prueba bendita
de su misericordia
que es infinita,

y; al fin, compadecido
de aquellas gentes...
¡no les mandó una plaga
de pretendientes!

Después de una crisis
A PEPE GARCÍA BARRACA

Los que suben.

-No hay gobierno más honrado,
más digno, más liberal,
más estable y más moral...
¡Ya estoy, por fin, empleado!

¡Dios quiera que se haga eterno...
y no haya ningún belén,
porque esto es gobernar bien!
Señores, ¡viva el gobierno!

Los que bajan.

-No hay gobierno más cargante,
más malo, más ilegal,
y ha de acabar pronto y mal.
¡Hoy me ha dejado cesante!

Así se vaya al infierno
y haya mañana un motín
que de esta gente dé fin...
Señores... ¡muera el gobierno!

Los que están quedos.

-Se marchó un gobierno... ¡bueno!
Entró otro gobierno... ¡bien!
Mientras el turrón me den
yo aquí sigo tan sereno.

Que el gobierno sea honrado
o inmoral, me importa un pito
si me deja... ¡es un bendito!
si me quita... ¡es un malvado!

Así con satisfacción
es mi grito sempiterno:
«Señores, ¡viva el gobierno...
que no me toque al turrón!»

Resumen.

-Justicia! ¡Moralidad!
¡Rebajas! ¡Economías!-
Las gentes todos los días
piden con tenacidad,

debiendo gritar así:
-¡Justicia y no por mi casa!
¡Economías sin tasa...
pero sin tocarme a mí!-

Todos ven la situación
de la nación congojosa,
mas piensan, en conclusión,
¡que una cosa es la nación
y el estómago otra cosa!

Perrerías
A RAPAEI SOLÍS

I

Una tarde se encontraron,
llevando contrario rumbo,
un gozquecillo faldero
y un perrazo vagabundo.

Desorientado y perdido
buscaba a su dueña el uno,
yendo de un lado a otro lado,
ya jadeante y convulso;

el otro, hambriento, buscaba,
yendo de un punto a otro punto,
basuras donde hallar huesos
o piltrafas o mendrugos.

El uno, era chico y débil,
el otro, grande y forzado;
aquél, limpio y perfumado,
éste, desgreñado y sucio.

Llamábase el chico Tony,
llamábase el grande Chucho,
porque era inglés el primero
y era español el segundo.

Sobre el lomo del perrillo
la dueña amorosa puso
una manta con su cifra
y su corona y su escudo.

Sobre el del otro asomaban,
en larga línea de puntos,
los huesos del espinazo
como dientes de un serrucho.

Al hallarse frente a frente
los dos perros, casi juntos,
entrambos se detuvieron
por un natural impulso.

Dio el grande un gruñido sordo,
dio el chico un ladrido agudo,
y recelosos, mirándose,
estuvieron un minuto.

II

Por fin, Chucho adelantose,
y sin andar con repulgos,
quiso saludar al otro,
según entre ellos es uso.

Pero Tony, que sentía

desdén, repugnancia y susto,
metió el rabo entre las piernas
para esquivar el saludo.

Y el grande estirando el cuello,
y el pequeño huyendo el bulto,
dieron tres o cuatro vueltas,
formando gracioso grupo.

-No presumas, aristócrata-
dijo parándose Chucho,
y enseñando unos colmillos
blancos, enormes y agudos.-

No presumas, que si estamos
yo derrotado, y tú pulcro;
yo hambriento, y tú satisfecho;
tú vestido, y yo desnudo;

si vives tú en un palacio,
y yo no tengo refugio;
si hallas tú mimos y halagos
y yo hallo golpes e insultos;

si tú duermes en cojines,
con comodidad y lujo,
y yo sobre el duro suelo
para dormir me acurruco,

no es porque yo valga poco
ni porque tú valgas mucho,
es porque así han sido siempre
las injusticias del mundo.

Mas no pienses que te envidio
ni que por despecho gruño,
ni pienses que cambiaría
yo mi estado por el tuyo.

¿Eres útil? Para nada.
¿Haces algún bien? Ninguno.
¿Nada ambicionas? Lo niego.
¿Eres dichoso? Lo dudo.

Tú eres esclavo y yo libre;
tú has de sufrir los absurdos
caprichos de tu señora,

y yo soy mi señor único.

Tu ladrido causa risa,
mi ladrido causa susto;
yo, enfadado, soy terrible;
tú, incomodado, eres bufo.

Tú eres chiquitín y enteco,
yo soy grande y soy robusto;
tu eres fino, pero inútil,
yo soy útil, aunque brusco.

En una palabra, somos,
para fijar bien los puntos:
tú, el cortesano canino;
yo, el trabajador perruno.

En la ciudad y en el campo
son mis servicios seguros,
ahuyento lobos y zorras,
y a los ladrones asusto.

Por cumplir con mi deber
golpes y molestias sufro,
y con riesgo de mi vida
he salvado la de muchos.

¿Por qué se apartan de mí
cuando yo trabajo busco?
¿Por qué me ponen cadenas
si logro servir a alguno?

¿Por qué nadie me acaricia?
¿Por qué a todos les repugno?
¿Por qué tan sólo por miedo
me arrojan algún mendrugo?

¿Por qué si me acerco a un niño,
si no hice mal a ninguno,
se asustan y me amenazan,
y dicen: «¡Arre allá, Chucho!»

¿Por qué, en cambio, a ti te buscan
y te cogen sin escrúpulos
y te dan leche y bizcochos
y hasta besos... que es «lo último»?

III

Tony, que estaba asombrado,
escuchando aquel discurso,
levantose dignamente
no bien el otro hizo punto,

y le contestó: -¡Insensato!
si ahora aquí se acerca alguno,
y tú, por fiero, le espantas
y yo, por manso, le gusto;

si tú le enseñas los dientes
y eres repugnante y rudo,
y yo le lamo las manos
y soy cariñoso y pulcro,

¿qué extraño es que me acaricie
aunque mi servicio es nulo?
¿qué extraño es que te rechace,
aunque le sirvas de mucho?

Calló Tony. Confundido
bajó la cabeza Chucho,
y se alejó repitiendo
con sentimiento profundo:

-Dice bien: lamer las manos
ha sido y será recurso,
mejor que enseñar los dientes,
para medrar en el mundo.

¡Desnarígala!

A D. ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ

El ¡Tue-la! de Alejandro Dumas, hijo, que durante algunos años ha servido de tema y asunto preferentes para muchas obras dramáticas, para muchas novelas «trascendentales», para muchos folletos «filosófico morales», para muchas discusiones académicas, para muchas polémicas periodísticas y aun para muchísimas controversias, disgustos y peloterías domésticas, ha sido arreglado recientemente al italiano por un pintor llamado Giuseppe Melillo en forma menos dramática y aterradora en apariencia, pero infinitamente más cruel y terrible en realidad.

Aquel artista, al adquirir el triste convencimiento de que su mujer le engañaba, no ha querido buscar la solución al problema pavoroso del adulterio en los espantables terrores de la catástrofe trágica, sino en los cómicos recursos del «fin de fiesta»... extraconyugal, y el famoso grito del ilustre escritor francés, lo ha traducido «libremente» a su lengua -y a sus dientes- en esta forma: ¡Tagliala il naso!, que es como si dijéramos en castellano: ¡Desnarígala!

«Un pintor italiano, Giussepe Melillo -dice textualmente el periódico donde he leído la noticia- sabedor de las relaciones ilícitas que su mujer sostenía con otro hombre, en un momento de furor se arrojó sobre ella... ¡y le arrancó la nariz de un feroz mordisco!

«Interrogado por la autoridad dijo que su ánimo, al morder a su esposa, no había sido el de matarla, sino sólo el de afearla, privándola así del amor del adúltero.»

Giussepe Melillo no es, como supone aquel periódico con extraña ligereza, un marido brutal que muerde irreflexivamente como un can hidrófobo estimulado por «la rabia»... de verse engañado, es un gran filósofo práctico, que sabe perfectamente lo que es el corazón del hombre... y lo que es la nariz de la mujer.

El Paolo más apasionado y vehemente, retrocede con más risa que espanto, venciendo la fuerza repulsiva del ridículo al poder atrayente del amor, ante una Francesca desnarígada y no hay mujer alguna que no prefiera perder trágicamente la vida mil veces antes que perder irrisoriamente una vez sola los encantos de su hermosura.

Todas las mujeres se dejarían cortar la cabeza antes que la nariz.

Pascal ha dicho que si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta, habría trastornado toda la faz de la tierra; pero como en «cuestión de narices» tanto se peca por carta de más como por carta de menos, si la nariz de Cleopatra queda tan corta como ha quedado la de la esposa infiel del signor Melillo, ni César pierde pies por ella, ni Antonio hace las tonterías que por ella hizo, y no hubiera sido «la faz de la tierra», sino la suya la que hubiera quedado «trastornada».

La nariz larga suele afear el rostro; acaso por eso las mujeres nunca se resignan ante el desprecio del amante o el abandono del marido, porque no pueden sufrir que las dejen «con un palmo de narices»; pero la nariz extremadamente corta, o la falta completa de nariz, es para la mujer la mayor y más espantosa de las desdichas.

El «predilecto hijo de Apolo», como le llamó Cervantes, «el príncipe de los líricos», como le apellidó Lope, «el milagro de la naturaleza, doctísimo en letras e insigne ingenio, príncipe de los poetas, decoro y gloria del siglo XVII», como le nombraron otros muchos insignes escritores, el fecundo y graciosísimo D. Francisco de Quevedo, en un ingenioso romance, celebrando la nariz de una dama, escribió los siguientes conocidos versos:

«Promontorio de la cara,
pirámide del ingenio,
pabellón de las palabras,

zaquizamí del aliento...

Si faltas, es calavera
la tal cara sin remedio.
Si sobras, es alquitara;
no admities ningún extremo.

Rostros sin ojos he visto
hermosos, y algunos tuertos;
mas rostro desnarigado
es in puiverem memento.

Nariz, es señal de vivo;
no nariz, señal de muerto;
sin ella está retratada
la engullidora de huesos.»

Hace ya algunos años un periódico de gran circulación hizo esta pregunta: ¿En qué consiste la belleza de la mujer?, e invitaba a sus numerosos lectores para que contestaran en prosa o en verso, ofreciendo un premio al que diera la respuesta más literaria, exacta y oportuna.

Yo entonces escribí el siguiente soneto, que no mereció el premio ofrecido, porque otras muchas, composiciones le aventajaron en mérito literario, aunque -perdóneseme la inmodestia- ninguna la superó en exactitud:

Decía así:

«Puede ser tuerta y linda una mujer,
ya en la princesa de Éboli se vio,
puede ser bella y coja, de ello dio
buena prueba madame «de La Vallier».

«Como la de Lenclos puede perder
la juventud y la belleza no,
y aun si los brazos, por su mal, perdió
otra Venus de Milo puede ser.

«Pero a la más hermosa, a la sin par,
que la nariz se caiga de raíz
o la crezca una trompa en su lugar

y quedará horrorosa la infeliz,
Pues en la conclusión no hay que dudar...
¡La belleza consiste en la nariz!»

La contestación que dio a las autoridades italianas el engañado esposo desnarigador, parece inspirada en esta contestación mía a la pregunta de La Correspondencia de España y desde que la he leído, siento que batallan en mi corazón «un algo» así como vanidad y «otro algo» así como remordimiento.

Acaso el infortunado Melillo conocía la repetidísima frase de Dumas, hijo, y el modestísimo soneto mío, me ha dado la preferencia y se ha hecho esta reflexión:

«El gran escritor francés dice: ¡Mátala!, y eso es muy dramático; pero los jueces y los tribunales suelen leer el Código penal más que los escritos de Dumas, hijo, y pueden darme que sentir.

»Un desconocido escritor español, dice que la belleza consiste en la nariz, pues quitando a mi mujer la belleza, causa indudable de su engaño y de mi desdicha, a un tiempo evito nuevas perfidias y le impongo el castigo más terrible que puede sufrir una mujer, sin que los jueces puedan perseguirme como asesino ni condenarme como, parricida.

»Jesucristo no quiere la muerte del pecador sino que viva y se arrepienta: yo imitando en esto al Divino Maestro no quiero la muerte de la pecadora sino que viva y no tenga más remedio que arrepentirse.

»Sustituyamos pues el ¡Tue-la! por el ¡Desnarígala!»

Quien sabe si Melillo conocía también el precitado romance de Quevedo y había leído estos cuatro versos dirigidos a unas narices:

«Sois bocado tan sabroso
que la hambre del entierro
aun no perdona en los santos
de vuestro pico lo tierno.»

Y si los había leído, acaso supuso que la nariz de la esposa infiel sería bocato di cardinale a la vez que bocato di sposo tradito.

Si el ejemplo del ofendido pintor italiano cunde, vamos a ver por esos mundos de Dios bastantes mujeres desnarigadas, porque si hay muchos esposos burlados y ofendidos que no se atreven a concluir el drama conyugal con puñaladas o pistoletazos pocos serán, en lo sucesivo, los que no se atrevan a terminarlo, como dice el periódico a que antes me he referido, «con un feroz mordisco».

Llevarse la honra del hogar a la cárcel o al presidio, es cosa que aterra a muchos hombres, conteniendo su justa indignación y reprimiendo los naturales deseos de venganza; llevar la honra del hogar cuando más a la prevención del distrito o al despacho del juez municipal, eso ya es otra cosa.

Y ya que aludo al drama de mi queridísimo amigo Eugenio Sellés, El nudo gordiano, tanto y tan merecidamente celebrado, justo es confesar que la solución del infortunado pintor italiano es preferible, bajo todos los aspectos, a la del eminente dramaturgo español.

Cuando el adulterio convierte el «enlace» de dos personas en un nudo gordiano no hay que cortar el nudo.

¡Lo que hay que cortar es la nariz!

Septiembre de 1891.

La mano de Ducazcal
A D. ALBERTO AGUILERA

¡Cuántas veces la estreché,
con orgullo, entre las mías,
en los venturosos días,
que jamás olvidaré!

¡Cuántas, con gozo sincero,
que sus triunfos me causaban,
vi que se la disputaban
lo mismo el rey que el obrero!

No es la mano solamente
un pedazo deleznable
de este cuerpo miserable,
que el mal rinde fácilmente.

No; que siempre, con razón,
para el noble y el villano,
ha sido y será la mano,
trasunto del corazón.

Por eso, si un daño aflige
o un goce en el alma anida
la mano, como atraída,
al corazón se dirige.

Por eso todo hombre busca

la de algún querido ser,
cuando le anima el placer
o cuando el dolor le ofusca.

Y es de admiración objeto
la del hombre superior,
ya se estreche con amor,
ya se bese con respeto.

Por eso la honrada mano
del obrero, encallecida,
vale más que la pulida
del inútil cortesano.

El pueblo que hoy sufre y llora
y que a Felipe adoraba,
de aquella mano admiraba
la influencia bienhechora;

pues siempre que hubo ocasión
de ensalzar alguna gloria,
celebrar una victoria
o aliviar una aflicción,

poniendo remedio al mal
o aumentando la alegría,
el pueblo siempre veía
la mano de Ducazcal.

Mano al bien siempre propicia
y siempre pronta y dispuesta
para arreglar una fiesta
o vengar una injusticia,

para salvar al vencido,
socorrer al desdichado
y castigar al malvado
y levantar al caído,

¡Cuántos le deben su nombre,
su honor o su porvenir!
¡A cuántos para subir
les dio la mano aquel hombre!

Por no sé qué acción, un día

al felicitarle yo,
él su mano me tendió
y yo le tendí la mía.

-Aprieta sin compasión,
me dijo en tono chancero,
y yo le dije: -No quiero
lastimarte el corazón.-

No era aquel un dicho vano;
con el alma lo decía,
¡porque Ducazcal tenía
el corazón en la mano!

Octubre de 1691

¿Diosa, hada, mujer... o qué?
A D. JOSÉ FELIU Y CODINA.

I

En todo miente y engaña,
porque es falso cuanto enseña:
es blanca... siendo trigueña,
y es rubia... siendo castaña.

Por pintura engañadora
resultan grandes sus ojos,
y sus labios están rojos
porque el carmín los colora.

Cubre sus imperfecciones
y faltas la compostura,
y aunque es baja de estatura,
es alta... por los tacones.

El vicio, de que es juguete,
sus mejillas tiene ajadas,
mas parecen sonrosadas
a fuerza de colorete.

Para hacer pequeño el pie
lo maltrata y lo tortura;
para estrechar la cintura

su cuerpo estruja el corsé.

Y oculta, en fin, los ultrajes
de su vida licenciosa
la envoltura esplendorosa
de alhajas, sedas y encajes.

Aunque repugna y fastidia
a quien lo honrado recrea,
más de un necio la desea,
más de una cursi la envidia;

más de un ricacho, incapaz
de dar a un necesitado,
con derroche le ha pagado
una caricia falaz.

Por ella se desatina
más de un vejete lascivo,
y más de un prócer altivo
humíllase y va en berlina;

Más de un bravo militar
tiembla ante su enojo fiero;
más de un moralista austero
llegó por ella a pecar;

Más de un pollo entontecido
por lo fino la enamora...
¡y más de un incauto llora
el haberla conocido!

II

Arturo Calabacín,
risible sietemesino,
la ha encontrado en su camino
y la adora con buen fin.

Su puro cariño implora,
con admiración la mira,
y cuando la ve suspira
y cuando no la ve llora.

Y en su capricho liviano
el enamorado memo
llega al repugnante extremo
de ofrecerle nombre y mano.

Ella, que busca dinero,
porque el amor no la engríe,
como una loca se ríe
del infeliz majadero,

que no vive ni reposa,
creyendo vencer amante,
y exclamando a cada instante:
-¡No es mujer... es una diosa!

III

También Pepe Calabaza,
que presume de elegante,
de buen mozo y de tunante,
se ha propuesto darle caza,

creyendo cosa segura
que ella accederá con gozo
a ser amante de un mozo
de su porte y su figura,

pues aunque aparenta estar
poco dispuesta a ceder,
es... que agrada a la mujer
el hacerse de rogar.

A ella gusta que él la embrome,
mas no accede a su pasión,
porque ella dice que «con
la hermosura no se come»,

y él, creyéndola impulsada
por coquetón fingimiento,
exclama a cada momento:
-¡Oh! ¡no es mujer... es un hada!

IV

Don Casto Calabazón
(que es casto sólo de nombre),
ya sexagenario y hombre
de muy buena posición,

de igual modo se entusiasma
y tras ella corre y trota,
aunque le angustia la gota
y aunque le sofoca el asma.

Queriendo dar en el blanco,
acompaña, cauteloso,
cada billete amoroso
con un billete de Banco.

Y ella, atenta a la ganancia,
con él cede y capitula,
y, sonriendo, disimula
el asco y la repugnancia,

diciendo: Ya pesqué un rico
y podré, por triple gozo,
disfrutar con el buen mozo
y burlarme de aquel chico.

Mientras el vejete al ver
su conquista, dice fiero:
-Ésta me arruina, pero...
¡es una buena mujer!

V

-¿Conoces a ésa que pasa?
-¿Quién conocerla podría?
-Es la muchacha que un día
tuvimos que echar de casa,

por grosera, respondona,
sucia, viciosa, altanera,
torpe, inútil, callejera,
desvergonzada y ladrona.

-¿Cómo habrá cambiado así
de la cabeza a los pies?

-¡Pues nada menos que tres
van corriendo tras la muy...!

-Gente que el vicio desea,
y así a la honradez ofende.

-Pues ella a los tres atiende
y con los tres coquetea.

-Marido, la vista aparta...

-Así su cambio se explica.

-¡Desde que yo vi a esa chica,
dije que era una lagarta!

El que no se consuela...

Salió del baile de Piñata Paco,
y fue víctima el pobre de un atraco.

Implacables y fieros los ladrones,
sin consideraciones
a ser de madrugada y a hacer frío
de padre y señor mío,
le dejaron en menos de un segundo
lo mismo que su madre le echó al mundo.

Y dando tiritones,
al ver que se alejaban los ladrones,
se consolaba Paco de este modo:

-Piensan que ya me lo quitaron todo...

¡Buen chasco se han llevado!

¡¡Que vengan a quitarme lo bailado!!

El casero benéfico
Historieta vulgarísima

A CLARÍN

I

Juan es un honrado obrero
que, si el tiempo no anda mal,
gana un mísero jornal
trabajando el día entero.

Sus hijos y su mujer
son su amor y su alegría;
y cuando acabado el día
puede a su lado volver,

¡Con qué orgullo les da el pobre,
mirándoles conmovido,
el sudor que ha convertido
en un pedazo de cobre!

Contento con su fortuna,
por los suyos rodeado,
las monedas que ha llevado
va sonando una por una

y, con indecible afán,
el eco escuchando queda,
como si cada moneda
dijera al sonarla: «¡Pan!»

II

En un andamio subido,
a una elevación que espanta,
Juan trabaja, y ríe y canta,
dando penas al olvido.

¿Dije andamio? ¡Por mi vida
que hay nombres mal empleados!
En dos tablones atados
con una cuerda podrida;

pues todo lo necesario
para amparar al obrero
lo economizó el casero,
santurrón y millonario.

Contra el peligro indefenso
trabaja, y feliz se llama:

es un ave en una rama
construyendo un nido inmenso.

Pero... ¡el eterno final!
Un tropezón o un vahído;
un grito, un golpe, un gemido...
y un hombre hacia el hospital.

III

¡Faltó el jornal!... Juan quedó
inútil y estropeado.
¡Para ser más desdichado
ni aun la muerte le atendió!

Previendo las fieras luchas
de su horrible porvenir,
quiso de una vez morir,
para no morir de muchas;

mas ¡ay! el rico, el feliz
se guardan y se previenen,
y siempre la muerte tienen
junto, acechando un desliz;

pero el pobre, el que padece
y el que la vida detesta,
la llaman... y no contesta,
la buscan... y no parece.

Creyérase, al verla reacia,
que, a pesar de su fiereza,
le repugna la pobreza
y le espanta la desgracia.

IV

El pobre hogar sin sostén
pronto se vio arruinado;
pero, de Juan apiadado,
le aconsejó, no sé quién,

que una atenta petición
hiciera, en forma oportuna,
al presidente de una
benéfica asociación;

hombre rico, humanitario,
religioso y ejemplar,

y que -para no cansar-
era el mismo propietario.

Hízolo Juan; transcurrieron
siglos de eterna agonía,
hasta que por fin, un día,
un golpe en la puerta dieron.

Resonó en su pecho el son.
Era -¡presagio de bien!-
que la esperanza también
llamaba en su corazón.

V

Sonó otro golpe, que enfado
de impaciencia demostró:
la mujer de Juan abrió
y el pobre Juan, olvidado

de sus angustias crueles,
miró entrar, con paso incierto,
a un grave señor, cubierto
por rico gabán de pieles.

Su entrada tan deseada
produjo un extraño efecto...
causaba terror su aspecto,
daba frío su mirada.

Juan sintió pena cruel;
su mujer miró llorando;
y sus dos hijos, temblando,
se escondieron detrás de él.

Si hubiera un pintor podido
ver aquel cuadro y copiarlo,
tendría que titularlo:
Un zorro entrando en un nido.

IV

-¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Andamos mal?
dijo con altanería,
y con voz aguda y fría
como la hoja de un puñal.

-¡Es claro! ¡La historia eterna!
En vez de economizar

van diariamente a gastar
el jornal en la taberna

y de la broma y jarana
ahí tienen la recompensa...
Esta gente nunca piensa
en el día de mañana,

No ven las alternativas.
Cuando hay monedas, que corran;
y luego... que nos socorran
las almas caritativas.

Pero, en fin... su insensatez
no impedirá que las haya.
¡Ea! No apurarse... Vaya...
Un duro... ¡por una vez!

V

Reinó un silencio profundo:
torció el gesto el buen señor,
y murmuró al fin molesto:
-Haga usted bien en el mundo.

y pase usted malos ratos,
y suba usted esa escalera...
Ni dan las gracias siquiera...
¡Los pobres son siempre ingratos!

Envolvióse en su gabán,
gruñó luego... no sé qué;
y cuando la puerta fue
a abrir la mujer de Juan,

mirando con estupor
su belleza singular,
que no pudieron borrar
la miseria y el dolor,

dijo para su solapa,
deteniéndose un momento,
como el cura aquel del cuento:
-¡Lo que es como guapa, es guapa!

Y a un mendigo enfermo, inerte,
está unida en matrimonio...
¡Estos pobres del demonio

tienen todos una suerte!...

La fábula eterna
A JULIO DE VARGAS.

Pasan años y más años
y siempre, sin variaciones,
tras las mismas ilusiones
van los mismos desen años,

pues la humanidad entera
pasa afanosa la vida,
repitiendo la sabida
fábula de la lechera.

Esta innegable verdad
patente en España
veo siempre que llega el sorteo
famoso de Navidad.

Jugar, más flojo o más fuerte
todos con afán procuran
porque todos se figuran
que esa vez suya es la suerte

y cada uno a su sabor
hace cien planes galanos
lo mismo que si en las manos
tuviera el premio mayor.

-«Yo de todos mis apuros
»seguramente saldré
»porque a mi duro ya sé
»que le tocan tres mil duros.

»Pago un año y cuatro meses
»que le adeudo a mi casero,
»y a Perico el camarero
»los mil doscientos cafeses,

»las cuatrocientas de abajo,
»las cien copas de Martel
»y diez duros para él...
»¡Diez! Ni un céntimo rebajo.

»Pago al sastre Salazar
»el terno de ha tres inviernos...
»¡Apenas ha echado él ternos,
»por no poderlo cobrar!

»Pago al feroz don Canuto
»lo que me prestó hace un mes
»con el módico interés
»del seis por ciento... al minuto.

»En fin religiosamente
»todo cuanto debo pago
»y de una vez satisfago,
»a todo bicho viviente.

»¡Quedo en paz! ¡Cuánto me alegro!»-
Pero -¡ay!- llega el triste día,
se juega la lotería
y -¡nada!- ni un mal reintegro.

El implacable destino
le da tras tanta ilusión
sólo una aproximación...
pero es a San Bernardino.

¡A qué furores se entrega
viendo su cántaro roto!
Lanzando voto tras voto
ruge, solloza y reniega.

Blasfema con furia impía,
quiere lanzarse al Averno,
llama ladrón al gobierno
y robo a la lotería.

Y por no sufrir engaños
que él no tolera jamás
jura que no juega más
aunque viva cien mil años.

Mas al siguiente... se altera
y no puede descansar

si no consigue jugar
medio durito siquiera,

para no pasar afanes
pues ya hizo combinaciones...
¡y vuelta a las ilusiones
y a las cuentas y a los planes!

El hombre así se divierte
por natural condición,
viviendo de la ilusión
fiando sólo en la suerte,

yendo tras una quimera
con fe que no se amortigua,
y repitiendo la antigua
fábula de la lechera.

¡Mas para que alguno acierte,
-quizás quien ni lo procura-
y logre por su ventura
los favores de la suerte,

¡cuántos propósitos hueros!
¡cuántos malogrados votos!
¡cuántos cantarillos rotos!
y ¡cuántos pobres lecheros!

Viceversa

Estrella, mi acción perdona:

por Lucía te dejé,
y hoy tu venganza corona
Lucía, que me abandona,
como yo te abandoné.

La amaba, como tú a mí;
me olvida, como a ti yo;
tarde mi error comprendí...
tú me seguías y huí;
yo la seguía y huyó.

Hoy pensando en ti y en ella,

en tu pasión y en la mía,
formulo así mi querella:
Una Estrella me lucía
y una Lucía me estrella.

Política y tauromaquia
Carta íntima

A PEPE LASERNA (Aficiones).

Carta que a Luis Mazzantini

según me aseguran, manda
un sensible novillero,
admirador y entusiasta

de su saber, su oratoria,
su prestigio, su elegancia,
su figura, su apellido,
su aquel y sus circunstancias

y de que a renglón seguido
doy la copia fiel y exacta;
sin quitar punto ni coma
y palabra por palabra.

«On Luiz malegraré
cal recivo desta quarta
a cortas linias se enquentre
ustez en eza su caza,

con la más caval saluz
que para mí deseara
en con Pañía de toas
las presonas más sin Páticas

de su estimación ya Precio,
la mía es güena adiós Grasia
pa lo que guste mandá
oy a mi insinificancia.

On Luiz en los papeles
e leío esta mañana

ese discurso tan Super-
ferolítico, cacaba

ustez de largar en Cai,
y me se calló la baba
y, me quedé enmisismado
me se saltaron las lágrima

y los botones der cueyo
poique me se rebosaba
la saitisfacción y er gusto
por to er cuerpo y por toa el arma

y me puze comun Pabo
lo cual que se figurava
mi parienta quiba a darme
un hervó de sangre mala,

como una bez que matando
en Alqoreón con er Mandria
un espetador me dio
con un puchero en la cara.

Güeno, pus leí el estrato
deze discurso de marraz
y quando ze pazó el ipo
que con er guzto mataca,

grité: «¡Viva tu sandunga
y tu salero y tu labia
y er Castelá con coleta
que tiene la toromaquia!»

Aquí hay gente que no sabe
de letra ni una patata
y dicen si fue si bino,
si esto si aquello... ¡patadaz!

Er toreo y la política
aunque 4 soplagaítas
lo cretiquen malamente
se dan la mano en española.

Ques cánovas; -un Frascuelo
pongo por caso. I sagasta;
un Lagartijo que tiene
su pazo atrás y sus largas,

¿Casen con los candidatos
quencasiyan y no sacan¿
Pues a unos darles el qiebro
y a otros tomarlos de capa.

Con los palos en la mano
ay políticos que pantan
y tos, quien más y quien menos,
quieren contar con espada.

Ay político que pica
más quer Trigo, verbo en Grasia,
y requerde ustó ar Bastón
quando fué a seviya er cánovas.

Bamos que está la política
con er toreo en lasada
y que save lo que ase
y save lo que se charla.

Yo tanvién en Villafría
quise meterme en la dansa
eletoral, y por poco
sargo enganchao en las astas

del arcarde presiente,
que onbre de purgas mala
y me dio un palo en la nunca
y e gaztao un duro en árnica.

Lo qual que ma decidio
a escribirle oy esta quarta
pa ver si viene uste aquí
y otro discurso les larga

y me los aplasta ustez
que es lo que a mí mace farta
o les larga un goyetazo
con oratoria en las tablas.

Con esto no canso más,
memorias a quantos aiga
que le pregunten por Mí
y si vé uste aqueya dama,

de que ha ablaao en su discurso

de regia estripe o porsapia
digalusté que no ay
en er mundo ni en España

quien más le armire y vendiga
queste cólega que le ama
zu zeguro zerbidó
que le be la eme,

ER GUAZA»

Marzo de 1893.

Almas sensibles
A FRENANFLOR

Hay almas sensibles como hay espíritus fuertes.

Y así como hay espíritus fuertes que se burlan de las creencias más respetables, que toman a risa las contrariedades más serias... de los demás, y en cambio pasan el día inquietos si por la noche soñaron con agua, que es anuncio de lágrimas, y pierden el mejor negocio o la boda más conveniente antes que viajar o que casarse en martes, hay también almas sensibles que se estremecen de espanto viendo desplumar a un gallo muerto, que lloran sin consuelo oyendo las ridículas sensiblerías del drama más anodino, y que, por el contrario, permanecen impasibles ante las mayores desgracias reales, y se complacen en martirizar cruelmente y en cansar, de modo indirecto, la perdición y aun la muerte de seres humanos.

Yo he conocido a una señorita muy fina y muy bien educada, que sufría violentos ataques de nervios, si por descuidos de los criados, no se quitaba su canario del balcón cuando llovía o cuando le daba el sol, y que cifraba su complacencia y su orgullo en tener a su novio plantado en la esquina, recibiendo el sol de plano sobre la cabeza, en lo más riguroso del estío o sufriendo nevadas y chaparrones en lo más crudo del invierno, sin importarle un ardite que tomase una insolación, cogiese una pulmonía o pescase unos dolores reumáticos.

Porque es lo que ella decía: «En algo se ha de conocer el cariño.»

Yo conozco a una respetable señora, muy caritativa, religiosa y timorata, que no puede oír contar una lástima sin sentirse conmovida profundamente; ni puede ver sin espanto que, dos cómicos se maten en el teatro «de mentirijillas», y que en más de una ocasión me ha

referido, na ya con tranquilidad, sino hasta con mal disimulada satisfacción, y con cierta coquetería retrospectiva, que en sus mocedades, un pretendiente suyo desdeñado se levantó la tapa de los sesos, y dos rivales enamorados de ella se hicieron jigote en el llamado «campo del honor».

Hay almas sensibles que hacen el sacrificio de prestar al cincuenta por ciento... al mes, sólo por favorecer y «salvar de un apuro» a un pobre amigo necesitado; hay almas sensibles que pegan sin compasión a un chicuelo travieso que ha asustado al perro, porque no pueden ver con calma que se maltrate a los animales; hay almas sensibles que quitan el pan a sus hijos y que arruinan y hasta roban al marido o al amante, poniéndolos a dos pasos de la desesperación, de la cárcel o del suicidio, cuando no los precipitan en ellos, por socorrer a parientes holgazanes, viciosos y desagradecidos, porque «su buen corazón» no les permite abandonarlos ni dejarlos morir de hambre; hay almas sensibles que hacen proyectos, escriben libros, forman sociedades y consagran sus desvelos y sus trabajos a lograr el mejoramiento de las cárceles y de los presidios, para que estén abrigados, cómodos y bien alimentados los «infelices» ladrones y asesinos, y en su vida dedican un cuarto de hora a pensar siquiera en la situación precaria y aflictiva en que pueden que dar los robados o las mujeres y los huérfanos de las víctimas; hay almas sensibles que por Navidad ven con los ojos llenos de lágrimas pasar las manadas de pavos destinados a satisfacer la voracidad de los que aún pueden conservar las tradiciones culinarias religiosas, y que, echando por los ojos chispas, piden la destrucción de sus enemigos políticos o de los que no piensan como ellos en materias de religión, y verían gozosos y sin pestañear la degollina de todos ellos.

El tipo de aquella joven, de aquella niña que Sardou presenta en el último cuadro de su *Thermidor*, de aquel alma sensible que llora sin consuelo porque se le ha muerto un pajarito, y ve con la sonrisa en los labios salir un día y otro carretas cargadas de víctimas para la guillotina, alma sensible muy semejante a Billaud-Varennes, el feroz terrorista, que «lloraba como una mujer la muerte de un loro favorito», es tipo de una realidad perfecta.

Como lo son D. Pío Mandanga y doña Caridad Constante de Mandanga, respetable matrimonio que goza fama general entre amigos, vecinos y convecinos, por la extremada sensibilidad de sus almas.

¡Ay! Ellos no pueden ver una lástima. Don Pío no asiste a ningún entierro, ni visita a ningún amigo enfermo, porque se acongoja de tal modo que se pone peor que el paciente o a punto de hacer perdurable compañía al muerto; ni él ni doña Caridad se tratan con los amigos que «vienen a menos», no por orgullo ni por temor de peticiones enojosas, sino porque con el relato de sus infortunios y el aspecto de su pobreza, ya tienen él dispepsia y ella ataques nerviosos para un poco de tiempo. Hace algunos meses murió una hermana de doña Caridad que era viuda, y dejó dos niñas y un niño huérfanos, el mayor de ocho años, sin amparo ni calor de nadie en este mundo. D. Pío, sin descansar un momento, «anduvo los pasos», como el decía, para conseguir que las pobres criaturas entraran en asilos correspondientes a su sexo, porque ellos hubieran querido llevarlos a su lado y criarlos y educarlos, eso sí; pero sus almas sensibles no podrían soportar mucho tiempo la pena que les causarla la presencia constante de aquellos vivos recuerdos de la finada, a la que tanto querían. Viendo a todas horas su orfandad, y considerando a cada instante su situación,

acabarían ellos por perder la salud, y acaso, acaso, se buscarían la muerte. Sería un suicidio, y el suicidio es un crimen que repugna a las almas sensibles y cristianas.

No hace muchos días tuve necesidad de visitar a este matrimonio, y doña Caridad me refirió con mucho regocijo que la noche anterior había asistido al estreno de un drama, y que se divirtió muchísimo, porque era cosa de morir de risa ver el susto y atolondramiento de los pobres cómicos, y oír el alboroto y los ducharachos de los irritados espectadores que pateaban a más no poder, y D. Pío me contó, con grandes manifestaciones de admiración y de gozo, que la víspera había tenido la suerte de presenciar la mejor corrida de la temporada, porque él es aficionadísimo a los toros, aunque le da mucha pena ver a los pobrecitos caballos con las tripas colgando, así como su esposa es aficionadísima a los estrenos en que hay «pateo y bulla y algazara», espectáculo que ella prefiere, porque según dice en él, después de todo, «a nadie le echan las tripas fuera».

Al día siguiente supe que el pateo había causado la desesperación del autor, la ruina del empresario, la perdición de los cómicos y la miseria de un centenar de familias, y que en la corrida, había muerto un picador y habían ido otros tres lidiadores al hule, porque los toros habían dado juego, como se dice en la jerga. tauromáquica.

¡Almas sensibles! ¡Cuántas veces esa sensiblería que toma las apariencias y usurpa el nombre de la sensibilidad, no es sino la máscara que encubre el egoísmo más refinado y cruel y el corazón más duro e insensible! ¡Cuántas veces esas personas hipócritas que las gentes llaman, con veneración inmerecida, almas sensibles, son menos dignas de consideración y de respeto que esas otras infelices a las que el mundo llama despreciativamente almas de cántaro!

That is the question
A PEPE ESTRANÍ

Ponte, María, el gorro... ¡Oh Dios, que encanto!...
Ahora ponte el sombrero... ¡Ah, qué bonita!
Ponte el pañuelo... A ver... ¡Se necesita,
para no pervertirse, ser un santo!

Ponte ahora la mantilla... No me aguanto
si así te miro mucho... ¡Quita! ¡Quita!
Pues ahora ponte el velo, Mariquita...
Pues ahora, Mariquita, ponte el manto...

Cabeza de mujer joven y hermosa,
no es preciso adornarla por sistema,

porque siempre está bien, con una rosa,

con mantilla, con gorro o con diadema
Arreglarla por fuera es fácil cosa...
Arreglarla por dentro... ¡Ecco il problema!

Cuestión peliaguda
A ELADIO DE LEZAMA

I

Entre los sabios doctores,
hay distintos pareceres
acerca de qué mujeres
son, sin duda, las mejores.

Hay quien las quiere arrogantes
y quien las quiere sencillas,
quien las busca sabidillas
y quien las busca ignorantes.

Quien defiende a las que son
varoniles y atrevidas,
y quien a las encogidas
que se asustan de un ratón.

Quien está por las dengosas,
quien está por las robustas,
quien prefiere a las adustas
y quien a las cariñosas.

Quien juzga que son más buenas
las rubias por ideales,
y quien por más... «terrenales»
antepone a las morenas.

Quien distingue a las jamonas,
quien ensalza a las pollitas,
quien se inclina a las chiquitas
y quien a las mujeronas.

Cada uno mira, al juzgar,
como preferible y justo
lo que conviene a su gusto,
y así, para terminar,

entre los sabios doctores,
gordas, flacas, pobres, ricas,
listas, tontas, grandes, chicas...
todas tienen defensores.

Pero en un punto esencial
todos siempre han convenido,
y por eso siempre ha sido
clara opinión general

que son las hembras formales
y de honrada condición
mejores que las que son
deshonestas y venales.

II

¡Bueno! Pues el otro día,
yo no sé por qué razón,
se suscitó esta cuestión,
en una peluquería,

y un oficial, que no es zote
y con el que a veces suelo,
mientras él me corta el pelo,
echar algún parrafote,

hombre muy serio y formal
y a quien nunca vi de broma,
al escuchar el axioma
de la opinión general,

me miró un poco mohíno
e inclinándose exprofeso,
me dijo: -¿No oyó usted eso?
Pues eso es un desatino.

Ideas equivocadas
que yo no acepto jamás...
Las... coquetas valen más
que las mujeres honradas.

Estas dan mayores penas

aun teniendo menos alas...
Créame usted a mí... las malas
son mejores que las buenas.

Lo miré con estupor,
pero él me siguió pelando,
y al mismo tiempo charlando
me dijo: -Pues sí, señor.

Y si usted opina que es
mi opinión extravagante,
óigame usted un instante
y usted juzgará después.

III

Dalila, que, con razón,
pasa por mujer... ligera,
le cortó la cabellera
al ciudadano Sansón.

Y Judit, cuya fiereza
a su virtud no igualó,
mujer... formal, le cortó
a Holofernes la cabeza.

Si, entre una y otra, ocasión
se presenta de escoger,
¿usted qué prefiere ser,
Holofernes o Sansón?

Yo una Dalila prefiero
con toda su «ligereza»,
que entre el pelo y la cabeza,
la cabeza es lo primero.

Y no hacer lo que hago yo
es prueba de insensatez.
¡El pelo crece otra vez,
pero la cabeza no!

IV

Calló y yo también callé
dando vueltas a la idea.
Al terminar su tarea
dijo: -Servidor de usted.

Me levanté, vino a mí,

me cepilló, le pagué,
saludó, le saludé,
abrió la puerta y salí.

Y al bajar por la escalera
hícame esta reflexión:
-No puede tener razón.
¡Pues, hombre, si la tuviera!...

Al hablar así, recelo
que divirtiéndose estaba.
¡Claro! Mientras me pelaba...
me estaba «tomando el pelo».

Ya en la calle, tropecé con Gil,
uno que tenía amores con Rosalía,
una tiple... de café.

Le vi triste, macilento,
mal de físico y de ropa,
con un sombrero de copa
apabullado y mugriento.

-Chico, estoy arruinado,
me dijo al verme llegar;
mas no te debe extrañar.
Rosalía... me ha pelado.

Libre de su amor mentido,
ya gracias al cielo doy;
trabajando desde hoy
recobraré lo perdido.

Me apretó con efusión
las dos manos, y se fue...
y yo... -¡es claro!- me acordé
de Dalila y de Sansón.

V

A pocos pasos de allí
me encontré con Avendaño,
que se casó ya hace un año
con Magdalena Rubí.

Y al verme cerca, exclamó
con acento sepulcral:
-No hay en el mundo un mortal

más desdichado que yo.

-No lo puedo concebir.

-Pues lo debes comprender.

-¿Qué tienes?

-Una mujer
que no me deja vivir.

Me tiene un cariño atroz
y es honesta y hacendosa,
pero ha dado en ser celosa,
de una manera feroz.

Yo soy médico, y me quita
que visite a los clientes,
y ya lo saben las gentes
y no tengo una visita.

O con celos o con mimos
no me deja trabajar,
y ya te puedo jurar
que ni aun sé cómo vivimos.

Perdí mi tranquilidad,
mi porvenir, mi fortuna,
y estoy resuelto a hacer una
terrible barbaridad,

Más desdichado que yo
otro en el mundo no vi.

-¿Pero es honrada?

-Eso sí.

-¿No te ha faltado?

-Eso no.

Ni aun por la menor flaqueza
mereció nunca castigo.
Es muy buena, pero, amigo...
¡me ha cortado la cabeza!

Mi desventura evidencio,
aunque en mí la culpa estuvo...
Calló, dio un suspiro y hubo
un instante de silencio.

-No te cases si disciernes,
me dijo luego, y se fue...

Y yo... -¡es claro!- me acordé
de Judit y de Holofernes.

V

Y, lleno de confusión,
se me escapó, soy sincero,
esta horrible exclamación:
-¡Hombre! ¡Si tendrá razón,
el diablo del peluquero!

Quedar bien
(Historieta)

A JUAN SÁNCHEZ LOZANO.

I

Candidito era dichoso;
estaba con Fe casado,
y Fe, de virtud dechado,
era un ángel candoroso.

-Incapaz de todo mal
es mi esposa, bien lo sé,
decía; -y yo tengo en Fe
una fe fe... nomenal.

II

Pero un día, en un paseo
retirado, vio a su Fe
cogida del brazo de
un señor bastante feo.

Pensó quitarles la vida,
y avanzó... pero, al llegar,
se contentó con gritar:
-¡Ingrata Fe! ¡Fe... mentida!

III

El feo levantó el brazo,
contra el marido infeliz,
y le atizó en la nariz
un tremendo puñetazo.

Quedó inmóvil y sin voz,
y convencido de que
era el seductor de Fe,
fe... o, fe... liz y fe... roz.

IV

Contó el caso a don Guillén,
y éste le dijo: -¿A qué gritas?
Tú ahora lo que necesitas
ante todo es... ¡quedar bien!

-Yo por quedar bien me apuro,
mas ahora... -No hagas el bú,
y confía en mí, que tú,
quedarás bien... ¡Te, lo juro!

V

Don Guillén y otro señor,
con otros dos caballeros,
acordaron muy severos,
que hubiera lance de honor;

que fuera a sable y a muerte
y, por tanto, que durara
hasta que alguno quedara,
o muerto, o «fuera de suerte».

VI

-¿Yo batirme? ¡Voto a cien!
-Piensa que ya no hay remedio,
y que es el único medio
de que puedas ¡quedar bien!

Lleva, ante todo, firmeza,
buena vista y fuerte brazo...
Y el pobre «llevó»... un sablazo,
que le partió la cabeza.

VII

Estuvo en la cama un mes
entre la muerte y la vida,
con la cabeza partida
por gala, no en dos, en tres.

Tipo de risa y de mofa,
con un brazo muy maltrecho,
y con el ojo derecho
lo mismo que una alcachofa.

VIII

Levantose, al fin, un día,
que algo mejor se encontró,
y sobre su mesa halló
una carta que decía:

«Huyo a lejanas ciudades
buscando goces más puros
con aquél... y seis mil duros.
Tuya Fe. ¡Fe... lidades!»

IX

Y Candidito aturdido
exclamó muy preocupado:
-¡Tuerto, manco, apabullado,
robado y escarnecido!

¡Y quedé bien!... ¡Voto a tal!
Pues, hombre, saber querría
cómo diablos estaría
si hubiera quedado mal.

Comparación
(De Dumas padre)

Una verdad encerrada
en un sencillo aforismo:
El matrimonio es lo mismo
que fortaleza sitiada.

Así vemos combatir,
luchando sin descansar,
los de fuera... por entrar
los de dentro... por salir.

¡Fuera caretas!
A ALFREDO VICENTI

En el bando que publican
los alcaldes con objeto
de que en las Carnestolendas
reine el orden más perfecto,

se previene «que no entre
en los establecimientos
públicos persona alguna
llevando el rostro cubierto.

«Para cumplir tan loable
cuanto oportuno precepto,
se ha de quitar la careta
el que quiera entrar en ellos.»

Lástima grande que el bando
no rija para el eterno
carnaval, en que las máscaras
son «más caras» para el pueblo

y no pudiera obligarse
a muchos que conocemos
a quitarse la careta
con que cubren sus intentos,

para consentir que entren
en tribunales, concejos,
ministerios, municipios,
partidos y parlamentos.

Para lograrlo sería
necesario, desde luego,
crear el alma de orden público,
para eso no sirve el cuerpo),

un alma que esté en su almarío
y pueda cumplir su empeño
sin temor, vacilaciones,
distingos ni miramientos.

.....
-¿A dónde vas, mascarita?

-Voy al Municipio.
-Bueno;
pues quítate la careta
de fiel amante del pueblo,

de administrador celoso,
incorruptible y severo,
a fin de que te conozcan,
como eres, ni más ni menos.

.....
-¿Vas a entrar en el juzgado?

-Me han nombrado juez.
-Es cierto;
mas quítate la careta
de imparcial, honrado y recto,

y muéstrate como eres,
siempre propicio al cohecho,
con el fuerte compasivo
y con el débil severo.

.....
-¿A dónde vas?

-Voy a este
o voy a aquel ministerio.
Vengo de jurar el cargo
y entretenerme no puedo.

-Pues quítate la careta
de sacrificio tremendo,
porque, aun con ella, las gentes
ven asomar tu contento,

y que sin máscara vean
tu ánimo altivo y soberbio,
buscando tan sólo el triunfo
de tu ambición y provecho.

.....

-A ver, a ver, diputados,
senadores, consejeros,
magistrados, moralistas,
máscaras de todo tiempo,

los que no lleváis el rostro
francamente descubierto,
a quitarse las caretas
antes de entrar en el templo

del Señor o de las leyes,
o a donde vais tan derechos,
a fin de que no confundan
a los malos con los buenos.

—

Si fuera el bando posible
y posible el cumplimiento,
¡cuántas gentes no entrarían
en ciertos sitios y puestos,

por no dejar las caretas
con que encubren sus defectos,
aunque con ellas a muchos
los van todos conociendo!

Duros alfabéticos

H. I. J. K.

L. M. N. A.
que si usted no los quiere

otros muchos los querrán.
(Canción infantil.)

Parece que Belcebú,
por trastornarnos el seso,
es el que ha inventado eso
de los duros de la V,

que es, por la fiera amargura
que hoy causa en la población,
una V de corazón
que el corazón nos tortura.

No ha faltado quien sostenga
que si esa V indica algo,
es que el duro dice: «Valgo»
y el que lo ve dice: «¡Venga!,»

Pero hay mucha gente ya,
que se inquieta y se alborota
por si tienen L o J,
S o M, H o K.

Y aun hay persona frenética
que va a perder la razón
por esa horrible cuestión
numismático-alfabética.

-Mire usted, lo que yo sé
-hoy me decía un sujeto-
es que no hay duro completo
si no es de la M o la P;

porque según un científico
señor que vive en mi casa,
la P significa: «Pasa»
y la M dice: «¡Magnífico!»

Aunque por esas señales
yo llegué un punto a dudar,
pues solamente a juzgar
por lo de las iniciales,

pueden ser engañosos
timos en vez de regalos,
si es que la M dice: MALOS
y la P dice: PEORES.

Otro, que engañarse teme,
mostrando un duro a un cesante
le preguntaba anhelante:
-¿Qué significa esa M?

Y el cesante dijo: -¿Qué?
De su ignorancia me río.
La M significa Mío.
Y se lo guardó y se fue.

Por fin, un señor formal,
hoy, hablando de este asunto,
decía sobre ese punto:
-Mi opinión es especial,

Los duros buenos, son buenos,
tengan J o tengan O,
tengan M o tengan V;
las letras son lo de menos.

Mas si, con chanzas o apuros,
inquieta o tranquilamente,
se fija toda la gente
en las letras de los duros,

a mí se me ocurre ahora
una idea singular,
por si al fin hay que pagar
la indemnización de Mora,

ya que así, tan decididos
a pescar nuestros dineros
están los filibusteros
de los Estados Unidos.

Que a aquel gobierno se mande
cuando la exigencia extreme,
toda en duros de la M...
pero de la M grande.

Julio de 1895.

¡Adiós mi dinero!
A JUAN P. Y PÉREZ GIRONÉS

I

Con estruendo tremebundo

con terrible ligereza,
cual serpiente que se arrastra
presurosa por la tierra;

ya cruzando por los valles
que a su espalda pronto deja,
ya ocultándose del todo
en el seno de una sierra;

ya salvando inmensos ríos
que en sus aguas lo reflejan,
al cruzar los largos puentes,
que al sentirlo pasar tiemblan,

fuego echando por los ojos,
que parecen dos centellas,
ya silbando como sierpe,
ya rugiendo como fiera,

y extendiendo hasta su cola
por el aire, que lo ondea,
un penacho de humo y chispas,
como plumas de oro y negras,

un muy largo tren expreso,
sin descanso en su carrera,
corre, corre, corre, corre
leguas, leguas, leguas, leguas.

II

Cien incautos pasajeros
que el peligro no recelan
y a cien puntos se dirigen,
el expreso dentro lleva.

Como amigos cariñosos
los que allí el azar reuniera,
y jamás se vieron antes
y jamás después se encuentran,

charlan unos que, en confianza,
se consultan y se cuentan
a qué van, de dónde vienen,
lo que son y lo que piensan;

del pasado, las memorias;
del presente, las empresas;
del futuro, los proyectos
y esperanzas que alimentan.

Varios duermen, sin cuidarse
de los otros que allí velan.
Con las piernas encogidas,
por almohadas las maletas,

mal cubiertos por las mantas
y mecidos con violencia
por el rudo traqueteo,
van roncando a pierna suelta.

Otros cuantos se extasían
con las vistas pintorescas
del variado panorama
que, con júbilo, contemplan

y que pasa ante sus ojos
con pasmosa ligereza,
presentando en cuadro inmenso
pueblos, montes, valles, selvas.

Y el expreso que su marcha
por momentos acelera
corre, corre, corre, corre
leguas, leguas, leguas, leguas.

III

A un silbido estrepitoso
que de espanto a todos llena,
como anuncio de peligro
inminente que se acerca,

los despiertos se estremecen
los dormidos se despiertan
y la angustia y el espanto
en los rostros se reflejan.

Unos gritan: -¿Qué sucede?;

otros claman: -¡Suerte horrenda!;
muchos dicen: -¡Dios nos valga!;
unos juran y otros rezan.

Otra vez aquel silbido
aun más lúgubre resuena;
se oye el freno que chirría
y parece que se queja.

En un coche, un viajero
que el peligro ver intenta,
por la estrecha ventanilla
saca entonces la cabeza.

Y ve atónito a distancia,
que se acorta sin que puedan
ya evitarlo, un tren correo
que camina a toda priesa.

-¡Va a haber choque!, -dice al punto
con voz fúnebre que aterra;
y las damas se desmayan
y los hombres todos tiemblan,

y los niños se acurrucan
y asustados lloriquean,
que aunque el riesgo no presumen
triste el cuadro les afecta.

Y un avaro, que allí iba
sin hablar y echando cuentas,
porque hacía aquel viaje
yendo en busca de una herencia,

exclamó palideciendo
al oír la frase aquella:
-Y yo, ¡necio!, que he tomado
el billete de ida y vuelta.

Sevilla
A D. ENRIQUE DE LEGUINA

Diez años hace que, estimulado y decidido por amistosos consejos que a mí me parecieron excelentes, más que por su propia bondad, porque correspondían a mis deseos y porque alentaban mis ilusiones y mis esperanzas, salí una mañana de Sevilla, resuelto a trasladar mis cuartos -yo nunca he podido trasladar mis reales- a esta agitada villa del oso y del madroño.

Durante estos diez años y en medio de mis satisfacciones y de mis disgustos -que de todo ha habido- ni un solo día he dejado de pensar en aquella alegre y bendecida tierra donde he vivido los treinta primeros años de mi vida; pero la nostalgia, que de vez en cuando se apodera de mi espíritu, torna en los meses de marzo y de abril caracteres alarmantes.

Cuando se acercan los días de la Semana Santa y de la Feria, ya me tienen ustedes presa de un creciente desasosiego que ni un momento me deja en paz y se me va la cabeza formando planes de viajes que muchas veces quedaron en proyecto y se me marchan los pies hacia la estación del Mediodía y se me escapa el pensamiento trasladándose a aquella ciudad queridísima; de modo que sin darme cuenta de ello me quedo como una de esas revistitas de pantorrillas, trajes y telones que yo -¡pecador de mí!- también he cometido; esto es, falta de pensamiento y sin pies ni cabeza.

Escribir algo razonado en esta situación es punto menos que imposible. Y sin embargo yo había contraído el compromiso de escribir en tales días un artículo, y lo había contraído tan fuertemente que ya me era imposible dilatarlo.

Pensando en la manera de salir del compromiso cruzaba por la calle de Sevilla, que es naturalmente la calle que más me gusta transitar, a pesar de los riesgos que en ella se corren, cuando de pronto mi corazón dio un vuelco, mis pies quedaron como clavados en tierra y mis ojos fijos en un gran cartel que se hallaba expuesto en el escaparate de un establecimiento.

En la parte superior se leía con gruesos y llamativos caracteres: FIESTAS DE ABRIL EN SEVILLA y, después en combinación caprichosa, veíase larga relación de funciones y fiestas para los días de Semana Santa y de Feria, relación encerrada en pintoresco marco de dibujos representando tipos, monumentos y vistas de Sevilla. Largo rato estuve absorto y embebecido leyendo y contemplando aquel cartel que tan gratas memorias me traía, cuando comencé a sentir los efectos de un extraño fenómeno, que es en mí, sin embargo, idiosincrático y frecuente.

Aquellos monumentos, aquellas vistas fielmente reproducidas por hábil dibujante, crecían y crecían a mis ojos hasta recobrar sus formas, sus colores y tamaños naturales; aquellas figuras y aquellos tipos tomaban vida, animación y movimiento, convirtiéndose en seres reales, que me miraban, me saludaban y me sonreían, como antiguos amigos que volvían a verme después de larga ausencia. Es más, hasta el escudo de la ciudad se transformaba a mi vista del modo más singular y peregrino. El óvalo en que está encerrado era el óvalo de una preciosa cara de mujer sevillana, cuyas sienes ceñía la corona que debe ser remate del escudo. Las figuras de San Isidoro y San Leandro, lumbreras de la Iglesia,

que están a los lados del tercer Fernando, convirtiéronse en dos ojos hechiceros que brillaban, naturalmente, como dos lumbreras.

El Santo Rey que, como dicho queda, está en el centro, transformose en una nariz de corrección admirable, y por último el breve espacio que está debajo conteniendo la conocida empresa NO & DO, tomó la forma y la expresión de una de aquellas divinas bocas que parecen hechas para decir gracias y recibir besos, y sus labios como dirigiéndose a mí, no cesaban de repetir descifrado aquel hermoso jeroglífico con que premió Alfonso el Sabio la lealtad sevillana: NO ME HA DEJADO.

Era Sevilla que celebraba con las mismas palabras la vuelta del hijo pródigo. Porque yo me creía transportado a Sevilla.

Y ya en Sevilla, recorrí sus calles, visité sus monumentos y busqué todos aquellos sitios donde viven los recuerdos de mis alegrías y de mis penas de treinta años. Al llegar al pie de la Giralda, la esbelta y altísima torre construida el año 1000 de la Era Cristiana por el famoso moro Huever, sentí inexplicable, regocijo al verla tan firme y tan derecha al cabo de tantos años, pero mi regocijo trocose pronto en profundísima tristeza viendo quebrantada y a duras penas sostenida -no obstante contar quinientos años menos que la soberbia torre- la catedral, aquel templo grandioso, orgullo de los sevillanos y admiración de los forasteros.

Soberbia he llamado a la torre y aun más soberbia me pareció mirándola después. Ella tan vieja, ella árabe, ella obra y hechura de los malditos infieles, parecía que demostraba cierto satánico orgullo viendo flaquear y derrumbarse a sus plantas uno de los templos más hermosos del mundo cristiano.

Aquel contraste era desconsolador; y yo que no estaba para desconsolarme, alejeme apresuradamente de aquellos sitios en busca de más agradables emociones, yendo a parar a la plaza de San Francisco a tiempo de ver cruzar por ella las cofradías.

Aquello era otra cosa.

El misterio de la redención del mundo, la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, los dolores y angustias de la Sublime Madre, todos los sucesos que en los días de la Semana Santa se conmemoran, no parecen cosa así como de broma y de regocijo. Pero... ¿qué quieren ustedes?

Aquellos nazarenos con largas y rizadas colas o amplias capas y con capirotos de varios y pintorescos colores; aquellas centurias de armados romanos, cuyos trajes caprichosos y aun extravagantes no andan muy de acuerdo con la indumentaria de la época; aquellas magníficas imágenes del humildísimo Jesús, vestido con ropones de terciopelo bordados con oro, y de la modestísima María cubierta con pedrería deslumbrante y cargada con inmensos mantos de preciosas telas, más admirables que propias, en los que lucen bordados de labor y riqueza extraordinarios; aquella animación, aquella algazara del público que saca del cofre las más vistosas galas, corre por calles y plazas con cara de fiesta y se disputa el alquiler de balcones, de palcos y de sillas, todo ello da a lo que debiera ser ceremonia religiosa tal colorido de espectáculo profano, que aun al ánimo más místico, en medio de tal

bullicio, ostentación y alegría, sería imposible lograr el recogimiento y la devoción necesarios, no ya para dedicarse a la oración, sino para recordar siquiera los tristísimos sucesos y los sublimes misterios que se pretende conmemorar.

Los pasos de las cofradías, en que lucen las inmortales obras de Roldán, de Duque Cornejo, de Martínez Montañés, son pasos tan buenos, que su admiración no deja espacio al recuerdo de los malos pasos en que hemos andado y debiéramos pensar en tan solemnes días para despertar el arrepentimiento y procurar la salvación. Pero, ¡qué diablos! -y ustedes perdónenme la exclamación tratándose de santos- eso es lo que atrae forasteros y eso es lo que gusta; y eso, después de todo, constituye una «especialidad» característica que es, por muchos motivos, admirable.

Yo conozco demagogos impenitentes que son cofrades penitentes de dos o tres hermandades, y que se ponen su túnica y se plantan su capirote, o se visten con su traje de armado y se calan su casco adornado con enormes plumas, y allá van tan orondos y campantes, sin perjuicio de echárselas cuando llega el caso, y aunque no llegue, de furibundos librepensadores.

Sin embargo, hace ya al los que la afición va limitándose, aparte de algunos sinceros creyentes, a los jóvenes, que antes de ir a formar en la iglesia pasan por las casas de las novias para que los admiren con sus vistosos trajes y para que ellas después los enseñen a las amigas, con infantil presuntuosa satisfacción, cuando pasan las cofradías y levantan el antifaz o hacen una señal preconvenida.

Porque para muchas chicas es un orgullo tener un novio nazareno, y especialmente si es de vara, esto es, de los que van delante de los pasos muy estirados y majestuosos, vestidos de frac o de levita. y con el pelo acabado de rizar, o de los que corren de un lado para otro dando órdenes y disponiendo la marcha de las cofradías.

Tener un novio mayordomo o teniente de hermano mayor es el colmo de la dicha, aunque para algunas no hay otra que iguale a la de tener un novio armado.

A pesar de lo dicho, es justo confesar que entre las cofradías hay algunas que se complacen en demostrar humildad, sencillez y recogimiento, formando singular contraste con otras que son para algunos pretexto de algazara de juerga, de broncas y hasta de borracheras.

Las cofradías han pasado; alegres repiques anuncian que estamos en Sábado de Gloria, anuncio confirmado por numerosos disparos de escopeta que hacen algunos inocentes, fieles conservadores de la tradicional costumbre de matar los Judas, que si en realidad se pusiera en práctica, acabaría con la mayor parte de la gente política. A los pocos días salen a relucir las mantillas blancas y los pañuelos de Manila, y todo el mundo respirando alborozo se dirige al Prado de San Sebastián que es donde se celebra la feria.

Aquella animadísima y original gira campestre que dura tres días, y en la que toman parte toda la población y los innumerables forasteros que la visitan, es indescriptible o para describirla hacen falta más ingenio y más tiempo de los que yo dispongo.

Yo, en mi excursión imaginaria, disfrutando de la alegría, del frenesí general, corría de un lado para otro, y ya entraba en una casilla donde dos encantadoras criaturas bailaban unas sevillanas con toda la gracia de la tierra; ya en otra donde el regocijo subía de punto, y el vertiginoso ir y venir de las cañas de manzanilla que pasaban sin cesar de mano en mano, producía el mismo efecto que una copiosa lluvia, de estrellas; ya me detenía para escuchar las típicas ocurrencias de una gitana zahorí, astrosa y desarrapada, que llevando a rastra dos churumbeles, se empeñaba en decir la güenaventura a todo el mundo; ya me dirigía al sitio donde otras gitanas más limpias y elegantes, luciendo las almidonadas faldas llenas de faralares y los vistosos pañuelos de espumilla, invitaban con saladísimas frases a los transeúntes para que entraran en las buñolerías adornadas con sus mejores sábanas y colchas de damasco, de que cuelgan aquí y allá mil lazos, moños y cintajos de todos los colores, formando pintoresca y caprichosa decoración.

-Anda saleroso -me dijo una agarrándome del brazo con toda confianza- entra a tomá una librita de guñuelo, y así premita undebel que si juegas a la lotería, te toque er gordo y no sea Antonio Carmona. Vamos gachó, no seas esaborío. Entra aquí po los ojo e tu cara, que va a probá unos guñuelos, como no los ha comío er mismísimo emperador de la República francesa.

Aquella voz que tenía para mí un sonido y un timbre inexplicable, me hizo detener un

momento y mirar aquella cara en que lucían unos ojos negros, ardientes y apasionados, y aquel cuerpo, que era un cuerpo... como yo para mí deseo.

Quedeme mirándola como embobado y ella siguió hablándome.

Insensiblemente su voz se iba haciendo más gruesa y menos agradable; sus ojos iban achicándose y perdiendo su expresión encantadora, su cuerpo iba perdiendo a la vez la forma y la sandunga que me hechizaron al verle; sobre su boca que se había agrandado, vi dibujarse un bigote negro y retorcido; sus faldas se habían convertido en unos pantalones; su pañuelo de Manila en una capa, y las flores que adornaban su artística y rizada cabellera, en un sombrero hongo que cubría una cabeza que no tenía nada de cabellera rizada ni artística, ni casi peinada.

En lugar de las buñolerías tenía ante mí unos cuantos establecimientos de la calle de Sevilla, y a la puerta de uno de ellos estaba colgado un gran cartel.

A mi lado, zarandeándome, como para hacerme volver en mí, estaba el regente de la imprenta, que me decía y repetía con acento de reconvención afectuosa:

-Pero hombre de Dios, ¿cuándo va usted a llevar ese artículo?

Y yo entonces, dándome cuenta de mi situación, comprendiendo cuanto me había sucedido, y lanzándole una terrible mirada de rencor, me alejé apresuradamente de su lado, contestándole con acento y actitud melodramáticos:

¡Para articulitos estoy yo ahora!

Abril de 1895.

¡Allons, enfants!

O como quien dice ¡vamos... niños!

A PEDRO RODRÍGUEZ DE LA BORBOLLA

En Hostafranchs un niño
de quince años
«harto de sufrimientos,
de desengaños,

de quebrantos, de penas,
de desazones
y de ver ya marchitas
sus ilusiones,

quiso dejar un mundo
de males lleno»...
e intentó suicidarse
con un veneno,

por supuesto dejando
su papelito
dirigido al celoso
juez del distrito,

diciendo: «A nadie culpen;

yo me he matado
con arsénico puro
que me he tomado,»

y exponiéndole aquellas
graves razones
para morir lo mismo
que los ratones,

En Málaga otro mozo
de nueve eneros,
con acento terrible
con modos fieros,

pidió a un hermano suyo,
ya mozalbete,
que en seguida le diera
cierto juguete.

Resistiose el hermano;
frunciendo el ceño,
fuego echó por los ojos
el más pequeño,

y después de decirle
tremenda injuria
frenético y airado
como una furia,

escupiendo furioso
por el colmillo,
levantose el babero,
sacó el cuchillo,

y antes de que el hermano
se defendiera,
lo dio de puñaladas
con saña fiera.

Cuando, a fuerza de quejas,
la policía
de que hay casas de juego

se entera un día,
y entran por las chirlatas
y los garitos,
siempre en lugar de puntos
hallan puntitos,
es decir, chiquitines,
que hacen el juego,
y algunos que hasta saben
tirar el pego.

Por esas calles vemos
constantemente
niños haciendo alarde
de aire insolente,
con el puro en la boca,
gesto altanero,
y soltando más tacos
que un carretero;
requebrando a las mozas
con expresiones
que hay que tapar los oídos
con algodones.
En los cafés, hablando
de la política;
en los teatros, haciendo
severa crítica;
diciendo de las obras
pestes y horrores
y de los comediantes
y los autores.

Si sigue progresando
de esta manera
la niñez descocada
procaz y fiera
que abandona los libros
por las barajas
que en lugar de juguetes

usa navajas,
que sin pudor, cariño,
fe, ni alegría
es arbusto sin savia
ni lozanía,

y, perdido el encanto
de la inocencia
hace alardes de vicios
y de insolencia,

día habrá en que por miedo
de algún quebranto
ver a un niño de teta
causará espanto,

y nadie ha de atreverse
si es algo listo
a repetir la frase
de Jesucristo,

pues lograrán que a todos
terror inspire
lo de Sinite pueros
ad me venire.

Si otra vez a este mundo
Jesús viniera
y encontrará a los niños
de esta manera,

su amor grande y sublime
moderaría
y como yo ahora digo
tal vez diría:

-Niños que la dan de hombres
ya sin candor,
lejos... ¡cuánto más lejos
mucho mejor!

Mis homónimos
A JOSÉ DE TORRES REINA

Pues, señor... como me llamo

Felipe Pérez González,
un nombre y dos apellidos
tan comunes y vulgares,
que en todas partes abundan
y es lo mismo así llamarse
que llamarse don Cualquiera
o que llamarse don Nadie,
a cada paso tropiezo
y me encuentro a cada instante
conque un homónimo mío
ha hecho cualquier disparate
o cualquier calaverada
y los periódicos traen
noticias de que estoy preso
o de que me hallé cadáver,
o de que pegué a una joven
o de que no pagué a un sastre
o de que contraje nupcias
o de que grité en la calle
dando voces subversivas
contra las autoridades,
o, en fin... de alguna trastada,
barbaridad o desastre
en que anda un Felipe Pérez
o anda un Pérez y González.

A lo mejor -aunque sea
antitética la frase-
me resulta un primo o tío
en Alcorcón o en Getafe,
que me escribe cuatro pliegos
llamándome «badulaque,
ingratón y descastado»
porque no le escribí antes;
me pregunta por mis nietos
-cuando aún no soy más que padre-
y si tengo todavía
la nariz como un tomate
-cuando yo tengo, a Dios gracias,

la nariz muy presentable-
me habla de las picardías
que yo hice en mis mocedades...
-cuando siempre he sido un santo
como el Santo de Pajares-
y me habla del año treinta...
-¡Dios y la virgen me amporen!
¡Cuando hasta el cincuenta y cuatro
no me echó al mundo mi madre!-
Y, por fin, me da recuerdos
de Blas, el de Castrourdiales,
de la Tuerta y de la Coja,
y del Bizco y del Compadre,
y de otra porción de gente
que será muy respetable
pero que yo no conozco;
dándome noticia aparte
del perro del boticario
y del mulo del alcalde.

En otra ocasión recibo
esta misiva insultante
de una Carmen que pretende,
por lo visto, es carmen-tarme,
cuando estoy ya escarmentado
de Juanas, Petras y Cármenes:

«Feli Piyo eres un Pi Yo
y un Pórfido y un tu Nante
que me as degado por hotra
-así por otra con hache-
y decí As que mamabas...
Todio y te desteto

Quarmen.»

En otra ocasión me citan
ante un teniente de alcalde,
porque resulto alistado
como mozo responsable
por haber cumplido ahora
diez y nueve navidades...
¡Así me lo hicieran bueno
y lo ya pasado al diantre!

En otra ocasión me escribe

un quidam amenazándome
y diciendo que me pega
como un pico no le pague,
y el pico de Tenerife
resulta que no es más grande.

Nunca me han equivocado
con otro para mandarme
dinero, cigarros, puros
o libras de chocolate,
para decirme piropos
o para felicitar-me,
y esto ya me va cargando,
y como al cabo me cargue,
tendré que mudar de nombre,
porque esto es insoportable,
y haré por llamarme Andana.
¡Conque ya ustedes lo saben!

Correspondencia particular

¡Pero muy particular!

(Variaciones sobre el mismo tema.)

Señor don Felipe Pérez.
Muy señor mío y homónimo:
Con verdadera sorpresa
he visto en varios periódicos
de Granada, de Segovia,
de Valencia, de Logroño
y de otras cuantas provincias,
que por brevedad no anoto,
algunas Cartas fechadas
en esta villa del oso,
que aunque al pie llevan la firma
Felipe Pérez, supongo,
no siendo yo quien las manda,
que debe mandarlas otro
que usa mi mismo apellido
y tiene mi nombre propio.

Poca importancia tendría
la «cosa», después de todo,
si esta homonimia no fuera
motivo, que yo deploro,
de confusiones y errores
que es justo poner coto.

Que usted escribe esas Cartas
y el público un día y otro
apreciando sus primores
les tributa sus elogios,
pues al ver Felipe Pérez
algunos, muchos o pocos,
podrán colgarme el milagro
y endosarme los piropos,
lo cual que no fuera justo,
y yo desde ahora me opongo
que no quiero ajenas galas
ni gusto de ajenos moños.

Que usted se resbala un día
y escribe algún despropósito
-que el más justo al día peca
siete veces y hasta ocho,
y es sabido que aliquando
dormitat Homerus bonus-
y al público no le gusta
y lo censura a su antojo;
pues al ver Felipe Pérez
algunos, muchos o pocos,
podrán colgarme el mochuelo,
sentir contra mí el enojo
y endosarme las censuras,
lo cual que no fuera lógico,
y me opongo desde luego
y no lo admito tampoco,
porque a mí para dislates
me basta ya con los propios.

Como a usted sucederá
lo mismo, señor homónimo
y si alguna vez me alaba,
el público bondadoso,
ni querrá, ni necesita
apropiarse los encomios;
y si escribo desatinos,

no consentirá el bochorno,
de que a usted se los achaquen
y le pongan en un potro
endosándole censuras
que mereceré yo solo,
para evitar confusiones
de esta clase, le propongo,
señor don Felipe Pérez,
que, en lo sucesivo, en todo
ponga sus dos apellidos,
como yo los míos pongo.

Doy a usted por ello gracias;
dispense si le incomodo
y disponga como guste
de su admirador devoto,
FELIPE PÉREZ GONZÁLEZ,
periodista y autor cómico.
Madrid quince de diciembre
del memorable y dichoso
año de la dinamita
del cólera y de los moros.

1893.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo